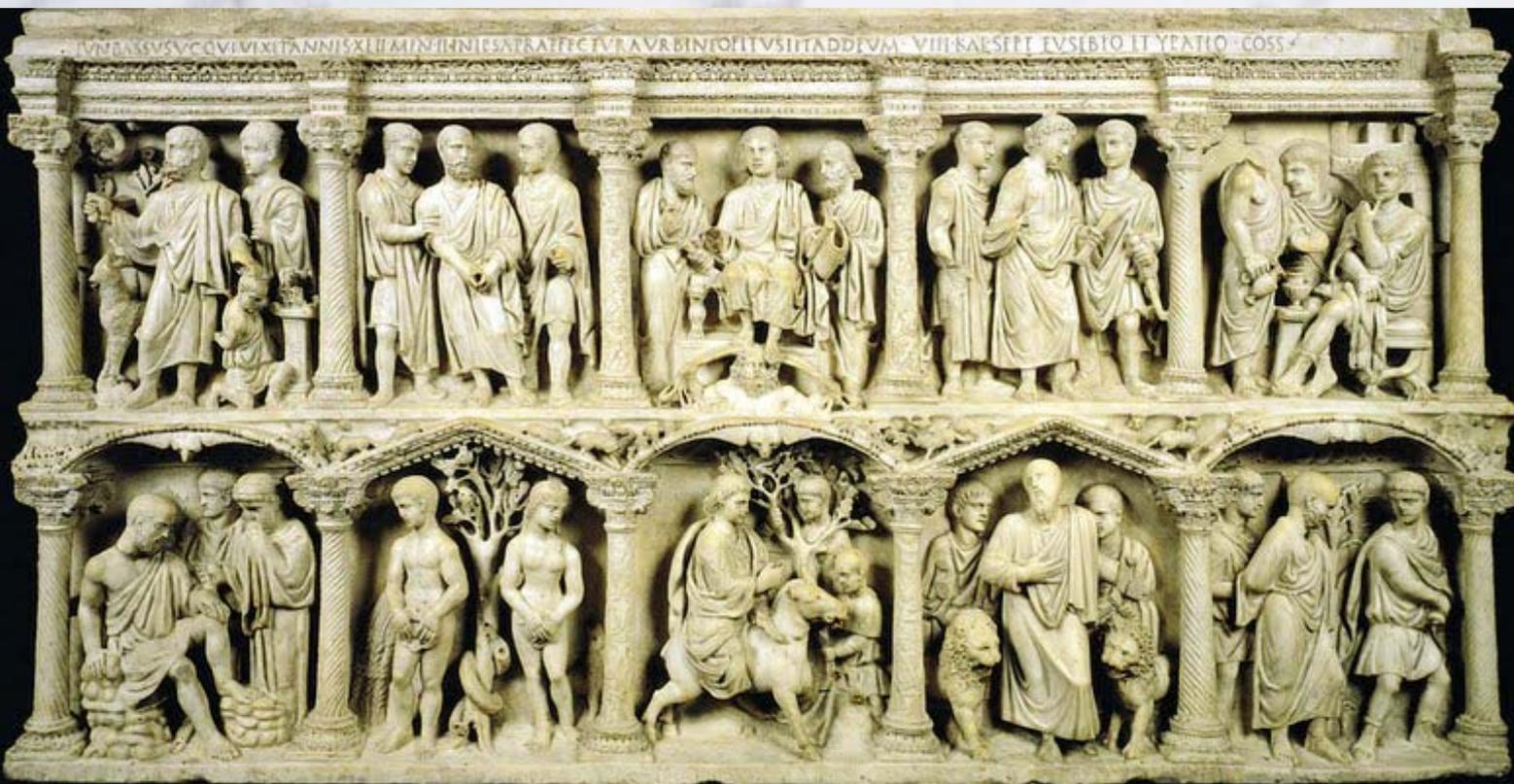




La catedral de San Agustín de Hipona

Una reconstrucción histórica del templo, la vida y la ciudad
de un obispo del norte de África en el siglo V

J.A.Forteza



Revista Agustiniana

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Todos los derechos reservados

fortea@gmail.com

www.fortea.ws

Publicación en formato digital mayo 2016

Publicación como separata mientras

se prepara la impresión de la revista

Revista Agustiniana

Paseo de la Alameda,39

28440 Guadarrama (Madrid, España)

Tel.91 854.95.90

editorial@agustiniana.es

<http://www.agustiniana.es>

Imagen superior de la portada:

Sarcófago paleocristiano de la "Traditio Legis",

siglo IV, Roma.

Imagen inferior de la portada: Sarcófago paleocristiano de Junius Bassus,

siglo IV, Roma.

Versión para tablet

La catedral de San Agustín de Hipona

Una reconstrucción histórica del templo, la vida
y la ciudad de un obispo del norte
de África en el siglo V



J.A.
Forteza

DURANTE MUCHOS AÑOS me pregunté qué aspecto físico presentaría la catedral de San Agustín a los ojos de un hombre de nuestra época que pudiera contemplarla, cómo sería una misa a principios del siglo V, de qué manera irían vestidos el obispo y el clero en el norte de África. Sobre todo la cuestión de cómo era materialmente el templo, el edificio, de Agustín ha sido una curiosidad albergada en mi mente durante largo tiempo, una verdadera espina clavada en mi intelecto. Leía y leía sermones y tratados del obispo Agustín, me lo imaginaba sentado en su cátedra, pero no podía imaginar su entorno sin caer en la fantasía.

Mi entera vida ha sido una lectura y relectura de textos acerca del Imperio Romano. Conocía bastante bien los detalles materiales de la Jerusalén de los tiempos de Salomón, lo mismo podía decir de los pequeños detalles de la vida eclesial de las comunidades cristianas de Pablo y Pedro, pero mi conocimiento de la vida de un obispo en la etapa final del Imperio en el norte de África no era tan bueno. Si hubiera querido pintar en un óleo una misa en la catedral de Hipona, me hubiera encontrado con muchos huecos, con muchos vacíos.

Después de varios años de hacerme preguntas, me puse manos a la obra. Y tras acumular una cierta cantidad de lecturas y artículos, me parece que puedo pintar la escena con una cierta verosimilitud. Así nació este escrito que no pretende presentarse como libro, sino como un artículo. El propósito de esta obra es pequeño y humilde: ¿cómo era la catedral de San Agustín? Sinceramente, fue de esa curiosidad personal cómo nacieron estas páginas que, en principio, no iban a ser más de cuatro o cinco. Tal

fue muy propósito inicial, después esas cuatro páginas se fueron ramificando.

En esa pregunta acerca del edificio de la catedral, incluí otras preguntas: ¿cómo eran sus ceremonias?, ¿cuánta gente había dentro? Y quise contestar a esa pregunta pintando del modo más visual posible esa escena. Contestando vi lo conveniente de dar unas pocas pinceladas que nos muestren un poco cómo era la vida de la iglesia africana en una ciudad como Hipona. Desde el principio me propuse ahorrar al lector largas disquisiciones bibliográficas sobre tal o cual detalle, deseaba que el escrito tuviese un estilo ágil.

Lo primero de todo, debo confesar que fue una decepción para mí no poder describir cómo debía ser una catedral que fuera la evolución de un salón propiedad de la comunidad cristiana de Hipona, un salón proveniente de la época inmediatamente posterior a Diocleciano. Pongo esa fecha, aunque hay testimonios de que la Iglesia pasó muy pronto de las *domus ecclesiae* a alquilar y comprar ese tipo de salones de reunión.

Me hubiera complacido imaginar en Hipona una catedral que fuera una pequeña iglesia de estilo púnico de techo plano formando una terraza, con paredes de adobe y un interior como el de la sinagoga del siglo III al estilo de la conservada en Dura Europos. Una catedral donde cupieran sentadas sobre esteras unas doscientas personas, con pilares de madera diseminados de forma irregular por esa área.

Pero mi gozo en un pozo. Hubiera sido encantador dibujar ese escenario y describir unos muros completamente cubiertos de ciclos de pinturas al estilo de la citada sinagoga. Ese primitivo templo de Hipona, casi deberíamos llamarlo *salón de reunión*, sin duda existió. Pero los hombres de esa época no sentían ningún afán por conservar ese tipo de construcciones humildes. Si tuvieron espacio suficiente para poder derribarlo y levantar encima la basílica, sin duda lo hicieron sin ningún miramiento desde el momento en que dispusieron de donaciones suficientes para ello.

Pero como lo más seguro es que el primitivo lugar de reunión estuviese encajonado en el centro de la ciudad, se seguiría utilizando mientras se construía un nuevo templo. O mejor dicho, el primer verdadero templo que no consistía en un local de cuatro paredes y techo de vigas horizontales. Si se dio una situación así, el primitivo local de reunión se mantendría en uso tras la bendición de la basílica. Pero se conservaría en su inalterado estado inicial sólo hasta que los fondos diocesanos permitieran “dignificarlo” como se merecía. La mejora suponía destruirlo y levantar algo más acorde a lo que se consideraba que un templo tenía que ser; así eran las cosas en esa época.

Hubiera sido encantador imaginar a un obispo del año 300 celebrando la eucaristía en ese local originario, pero lo cierto es que San Agustín en el año 396, año en que fue consagrado obispo, contaba con una basílica, una verdadera basílica de estilo romano de tres naves con columnas, 42 metros de largo y 20 de ancho. Contando el ábside tenía 49 metros de largo. Eso se sabe con seguridad por los cimientos. Es facilísimo imaginar la catedral de San Agustín porque en Roma la basílica de San Giorgio in Velabro tiene 30 metros de largo sin contar el ábside.

Por tanto, en la basílica de Hipona cabían con toda comodidad unas trescientas personas, y unos setecientos fieles ocupando las naves laterales. Apretados como en un vagón de metro, el espacio no alberga capacidad para más de ochocientos fieles, pero eso en unas condiciones de extrema incomodidad. La imagen que algunos nos han presentado de un Agustín celebrando la eucaristía para todos los fieles de Hipona reunidos en su catedral no era físicamente posible. La escena de ese obispo con todo su clero y todas sus ovejas escuchando cada domingo los sermones, semana tras semana, no se podía realizar por razones meramente de espacio. En Hipona había varias misas cada domingo.

La basílica de San Giorgio con su primitiva sobriedad nos ofrece una idea del estilo que debió ofrecer la basílica africana de Agustín. Desde luego sin ciborio, pero, sin duda, cubierta de mosaicos en el ábside. En esta época los mosaicos eran muy populares y hasta el suelo era pagado a

cuenta de fieles particulares que se comprometían a cubrir al menos un trozo del pavimento. Al principio de la construcción de la basílica, en caso de falta de fondos, las paredes estarían cubiertas con frescos muy sencillos con formas, por ejemplo, vegetales. Por ciertos testimonios, sabemos que los altares del norte de África en esa época eran de madera. En un primer momento, la única decoración de todas las paredes podían ser incluso ornatos más sencillos que los vegetales: franjas de colores o figuras geométricas. Los romanos amaban los colores chillones y variados sobre sus muros. En esa época, a nadie le gustaba una pared vacía de cal blanca. Después se iría añadiendo más ornamentación y más elementos a esos muros.

Las dimensiones de ese templo llamado Basílica de la Paz o *Basilica Maior* son notables, dado el poco tiempo que la fe cristiana había sido dejada de perseguir una generación antes. Cuando él es ordenado obispo, seguro que quedaban en Hipona ancianos que tenían algún recuerdo de la última persecución de Diocleciano 69 años antes. Pero las dimensiones se basan en el hecho de que Hipona que era el tercer puerto de África.

Me hubiera gustado pintar en mi mente la escena de un Agustín presidiendo una ceremonia ante el altar en un edificio de mayor sabor local, de un estilo más africano. Pero esa parte costera era totalmente romana, y sus edificios y estilos ornamentales caían en el área gravitacional de Roma. No obstante, sí que, como máximo, podemos pensar en la posibilidad de una basílica de tejado plano que formara una terraza superior. Una basílica cubierta por vigas planas que crearan, al entrar en su interior, la sensación de espacio horizontal, oscuro, fresco, con columnas al estilo de las mezquitas actuales de El Cairo. Ésa es la máxima concesión de color local que podemos hacer a la hora de imaginarnos esa catedral.

Se estima que la población global del África colonizada era de unos seis millones de habitantes. La región de Agustín exportaba trigo, aceite, mármol y vestimentas. No era un desierto, la pluviosidad era superior a la actual. El campo que rodeaba la ciudad tenía más parecido con una comarca catalana o siciliana que con la tierra tórrida actual. El obispo de Hipona, desde el punto más alto de su ciudad, veía campos de viñedos, olivos y extensiones de trigo hasta donde llegaba la vista.

Agustín vivió hasta los setenta y seis años en una ciudad que debía contar con unos 10.000 habitantes; algunos duplican o triplican esta cifra. La docta opinión de Van der Meer la estima entre 30.000 y 40.000 habitantes. Pero me decanto por la primera opinión que reduce esa cifra, porque se estima que Cartago contaba entonces con unos 50.000 habitantes. Cartago, que fue la ciudad más importante desde la Mauritania Tingitana hasta la Cirenaica, en el año 2004 tenía una población de 15.922 habitantes. Cierto que la Historia ha tenido muchas idas y venidas, pero no parece que podamos hablar de núcleos urbanos impresionantes en una zona de recursos tan limitados. Por si sirve de referencia, la actual Annaba (como se llama a la antigua Hipona) en 1982 llegó a los 22.000 habitantes. Si observamos las bases de la economía hiponense en el siglo V, no difieren mucho de las de cinco siglos antes (en el contexto comercial púnico) o diez siglos después (en el contexto de los intercambios del sultanato otomano). Por eso, en el mismo marco agrícola y ganadero, en un entorno comercial similar, prefiero pensar en una ciudad de unos diez mil habitantes a juzgar por lo que era Annaba a comienzos del siglo XIX.

Sea dicho de paso, para acabar de completar el escenario alrededor de la catedral, en nuestros días la ciudad puede tener una temperatura mínima que llega a -4°C en diciembre y a $47,5^{\circ}\text{C}$ de máxima en julio. En esa época del final del Imperio podemos suponer que el clima también era algo más frío.

¿Cómo estaba de cristianizado el norte de África? En el siglo III, la Iglesia puede movilizar a un centenar de obispos para un concilio en Cartago, y dispone de unas ciento cincuenta sedes episcopales. En la época de Agustín se podían contar hasta 430 obispados en África, mientras Galia sólo tenía 116, en la misma época.

En un sermón pronunciado en Hipona, en el año 403, Agustín afirma que en la ciudad si hay numerosas casas sin paganos, no las hay, en cambio, sin cristianos. Si bien, a pesar de los emperadores cristianos, el joven Agustín sigue viendo los templos paganos abiertos en Cartago. Después de todas estas consideraciones, podemos pensar que en una Hipona de 10.000 habitantes, podía haber unos 7.000 cristianos.

Pero hay que contar con que podemos suponer que una tercera parte de los cristianos pudieran ser donatistas antes del año 400. Si eran una tercera parte, eso dejaría una cifra cercana a los 5.000 católicos. La basílica de los donatistas, situada en el mismo barrio, era grande, tal vez tanto como la católica.

Durante algún tiempo, antes de conocer los datos que he ofrecido, pensé que la basílica podía ser el único templo de la ciudad. Ahora bien, sabemos que el clero de la ciudad se componía de tres presbíteros y siete diáconos; ése era el número exacto de clérigos mayores en la ciudad. Imaginemos que la asistencia dominical era del 50% de la población. En ningún sermón de Agustín se habla de la obligatoriedad del precepto dominical. Eso suponía una afluencia de 2.500 fieles cada domingo. Puesto que estamos hablando de una época en la que no existen los altavoces, es claro que lo razonable es dividir ese número en varias eucaristías. De lo contrario, la inmensa mayoría no escucharían ni una palabra del sermón ni de las oraciones de la misa.

Se desconoce cuál era el índice de asistencia a la misa dominical. Lo que sí que es seguro es que en una pequeña ciudad provinciana sin mucha oferta de esparcimiento un día feriado por la mañana la gente asistiría a todos los actos sociales que pudiera del tipo que fueran. Y si

alguien organizaba algún entretenimiento en la ciudad, la jornada era muy larga y ya se encargaría el organizador, por muy pagano que fuera, de que, como norma general, no coincidiera con algún acto social fijo como la eucaristía de los cristianos. San Agustín siempre tronó contra el teatro porque de hecho en esa época estaba repleto de contenido lascivo, pero los empresarios harían lo posible porque sus funciones no coincidieran con la misa en una ciudad donde la mayoría ya eran cristianos.

San Agustín dejó constancia en un sermón de la poca asistencia a la iglesia una mañana en la que la fiesta de San Lorenzo coincidió con un día de juegos. Pero esa referencia a la poca asistencia, nótese, no ocurrió en un domingo, sino en un día entre semana en el que la asistencia a misa no era preceptiva, porque en aquel entonces no era preceptiva ni siquiera los domingos.

Si dividimos esa cantidad, antes mencionada, de 2.500 asistentes a la misa dominical entre cuatro centros de culto (el obispo y sus tres presbíteros), ofrece una cantidad de unas seiscientas personas por eucaristía. Sigue siendo una cantidad demasiado grande por sacerdote, tanto para acogerlas dentro de un edificio como para que el ministro pueda ser escuchado de un modo inteligible. Por eso, ahora pienso que cada sacerdote en esa ciudad celebraba una misa y ofrecía una predicación cada domingo. Dado que sólo había ese número de sacerdotes y que la cifra de 10.000 habitantes de la ciudad es la estimación que considero más realista, pero también la más pequeña posible, habría que rebajar la asistencia dominical al 25% de los católicos. Eso daría unas trescientas personas asistiendo a la misa de cada sacerdote y el obispo. Ése es el número de asistentes en una iglesia actual de tamaño normal. Esa cifra de unos 2.500 católicos asistiendo a la misa dominical y divididos entre cuatro centros sí que resulta factible, tanto por motivos arquitectónicos como de audición.

Es interesante observar que este razonamiento que acabo de ofrecer es un argumento para tener una idea de la población de Hipona en esta época. La certeza acerca del número de presbíteros unida a una estimación de asistencia dominical del 25% de los católicos ofrecen, por meras

razones materiales de espacio y posibilidad de audición, el resultado de que la ciudad tenía un número total de unos diez mil habitantes. Si la población fuera el triple, como algunos defienden, se hubiera hecho totalmente necesario ordenar a algunos diáconos como presbíteros. Dado que no hay referencias a este tema en los sermones de Agustín (por ejemplo a la incomodidad de una basílica comunmente abarrotada), lo lógico es pensar que el número de presbíteros estaba adaptado a las necesidades de la población.

No sería descabellado deducir que uno de esos lugares de culto seguía siendo el primitivo y venerable primer lugar de reuniones de la ciudad, el otro podía ser el monasterio de las monjas (los monasterios de monjas siempre tienden a crear su propia iglesia, es una mera cuestión de tiempo), el tercer lugar la basílica y el cuarto lugar otro local creado para atender a la creciente población de cristianos. Probablemente, la basílica sería el último lugar edificado de esos cuatro. También había *memoriae* o capillas dedicadas a los mártires locales sobre los cementerios a las afueras de la ciudad. Se sabe que había una *basílica leonciana* más pequeña, fuera del casco antiguo de la ciudad, pero dentro de sus murallas.

En época de Agustín se construyó otra basílica a sugerencia de éste. Se encargó de pagarla el presbítero Leporio que era rico. Quizá pueda parecer que he echado a correr la imaginación al suponer esta relación entre número de presbíteros y lugares con celebración de la eucaristía. Pero no parece que sea razonable pensar que una ciudad de 10.000 habitantes como mínimo, contaran con una única misa dominical como a algunos autores han escrito. Imaginar al obispo reunido con todo su rebaño es algo muy bello, pero a esas alturas ya no era posible en Hipona.

Si había un obispo y tres presbíteros, parece razonable pensar que hubo cuatro eucaristías dominicales y que la jerarquía todavía no enseñaba la obligación de asistir a misa. Ese precepto parece más propio de una sociedad ya enteramente cristiana y con un mayor clero. Dado que disponían de tantos diáconos, eso significa que se manejaban bien con ese

número de presbíteros en la ciudad. De lo contrario, hubieran ordenado como presbíteros a más diáconos.

En el siglo V los fieles asistían a las ceremonias de pie. Mientras que en los primitivos salones previos al edicto de tolerancia tanto el entorno (más familiar) como la ceremonia (ceremonia de la Cena del Señor) llevaban a que la gente se sentase en el suelo. Sin embargo, la basílica de Agustín imponía ya un entorno que invitaba al desarrollo cultural. Y concretamente a un desarrollo que lo asemejaba a la cultura litúrgica dominante del templo griego y romano. El que los altares del norte de África en esa época, sin duda, siguieran siendo de madera no es un detalle sin importancia, sino un rasgo relevante: pues un altar de piedra conduce a la consideración del acto de culto como sacrificio, así como la mesa de madera recordaba que ese culto era en esencia una cena. En el siglo V se produce la substitución de los altares de madera (mesas) por los de piedra.

Por supuesto, en vano buscaremos una cruz en toda la basílica, ni una imagen tallada de Cristo o de los santos. Algún mosaico representándolos, sí. Los suelos, sin prisas, se irían cubriendo de mosaicos. Hasta el final, los suelos serían en parte de losas, en parte cubiertos por las teselas. Lo mismo pasaría con las paredes. Es más probable que se procediera a cubrirlas sin un programa iconográfico unitario y que, hasta el final, la basílica mostrara trozos cubiertos de frescos y algunas de sus partes con mosaicos.

En vez de la cruz sí que hallaremos el crismón. Y en este siglo ya se ve alguna cruz combinada con el crismón, con palomas apoyadas en el travesaño horizontal. ¿Qué podemos encontrarnos representado en los frescos de la basílica? Entre rellenos de cuadrados y elementos similares, aparecerían temas tales como el sacrificio de Abraham y los tres visitantes angélicos, los dos mensajeros volviendo de Jericó con un racimo enorme de uvas, el profeta Jonás sentado bajo una cucurbitácea o saliendo del

monstruo marino, los tres jóvenes en la hoguera y la vida de Daniel. Cosas así llenarían esos muros en su interior, dado que al exterior los muros son de ladrillo. Sin duda, con el tiempo, se ornamentaría la basílica con cuatro o seis columnas como parte de un pórtico. No pensemos en las altas columnas de un templo griego, sino en las pequeñas columnas de un atrio como el de la Basílica de San Lorenzo in Lucina.

¿Cómo iba vestido el obispo de Hipona durante el día? San Agustín afirma que va vestido como sus diáconos. ¿Qué ropa llevaban sus diáconos? Hay tres posibilidades.

La primera posibilidad es que el clero fuera vestido con túnicas talares de diversos colores y hasta ornatos que ahora nos parecerían de mal gusto, pero que entonces eran considerados completamente normales: túnicas enteramente cubiertas de rayas horizontales negras y marrones, o con la tela cubierta de cuadrados verdes y rojos, etc. El clero, sin duda, iba vestido como la gente de su época sin conocer un estilo clerical de ropa. Lo único que sí que podemos pensar es que los presbíteros (conscientes de su dignidad) no vestían túnicas cortas fuera de casa.

La segunda posibilidad es que Agustín y su clero fuesen revestidos con el típico *byrrus*, una capa con capucha. Ese tipo de capa era una vestidura civil romana que en algunos lugares comenzó a ser llevada de forma habitual por los clérigos. Queda testimonio de que Cipriano, obispo de Cartago, iba vestido con una túnica y el *byrrus*, es decir con un manto con capucha sobre la túnica común. Si durante las ceremonias hacía frío, sin duda, el clero estaba sentado en la exedra revestido con este tipo de mantos. La capucha no se la echaban sobre la cabeza en la iglesia durante las oraciones por las palabras de San Pablo que enseña que el varón no se cubra la cabeza al orar. Pero durante el sermón y las lecturas sí que podía echarse encima la capucha del manto. Si hacía frío, seguro que se cubrían con sus capuchas si sentían frío en la cabeza. Agustín nunca llevó mitra alguna.

La tercera posibilidad es que San Agustín fuera vestido con dalmática. La dalmática de la época final del Imperio llega hasta los tobillos y las mangas hasta las muñecas. Normalmente con dos rayas verticales como ornato.

Agustín o llevaba una túnica talar o una dalmática, pues el *byrrus* estaba menos extendido como ropa común del clero y, además, no parece una ropa adecuada para el verano africano. En Constantinopla y en el oriente es más razonable pensar que los clérigos llevasen dalmáticas. Pero en Numidia o Mauritania no iban tan a la moda. Por eso se puede pensar

que Agustín y todos sus presbíteros iban vestidos de forma más provinciana con túnicas más sencillas de diversos colores. Aun así, los mosaicos inclinan a pensar que Agustín llevaba una dalmática. Lo que sí que es seguro es que no llevaban ropas clericales distintas de las del resto de la población. En Roma en el año 428, consta que el Papa Inocencio I y su clero iban vestidos con ropas civiles y no eclesiásticas.

¿Cómo iba vestido Agustín para la misa? En una ordenación episcopal en Roma datada en el siglo VII sólo se menciona la dalmática, la casulla y las sandalias. En los mosaicos de San Vital en Rávena (siglo VI) y en los retratos de Ambrosio y San Martín en la basílica ambrosiana de Milán (siglo V), los sacerdotes y obispos llevan estola y casulla. Sea dicho de paso, la estola giraba alrededor del cuello de modo que colgaran las dos partes verticalmente sobre el pecho. Eso cambia para los sacerdotes en el siglo VII. El Concilio III de Braga (año 675) mandó que los sacerdotes llevaran la estola cruzada sobre el pecho.

Es cierto que la estola (que en Occidente se llamaba *oraríum*) como dice Righetti *se nos presenta muy pronto, desde el siglo IV en Oriente y poco después en las Galias y en España, como un elemento esencial en la ordenación de los diáconos, sacerdotes y obispos*. ¿Significa esto que la llevaba San Agustín? Resulta tan aceptable imaginar al obispo de Hipona celebrando misa cubierto sólo con una túnica que revestido con un *orarium* alrededor del cuello, o ya incluso con estola y casulla. Las tres opciones son posibles.

Dado que ya existía una basílica en Hipona, eso conllevaba el desarrollo de unas vestiduras especiales. El desarrollo arquitectónico es un fuerte acicate para generar una mayor riqueza ceremonial y, por tanto, el revestirse de vestiduras especiales. Pero Agustín vive justo en ese momento de transición de lo simple a lo complejo, cualquier opción resulta posible al respecto de las insignias litúrgicas.

Lo que es seguro es que en esa época el celebrante principal se cambiaba la túnica normal colorida y más sucia, por una túnica limpia.

Para la celebración de la eucaristía, el celebrante principal sí que ya debía sustituir la túnica que había llevado todo el día, por una completamente limpia. Démonos cuenta que los bajos de una túnica se manchaban con facilidad andando por las calles. Calles de tierra, con barro si llovía y con excrementos de asnos y camellos; además de los detritus humanos presentes en algunas calles. Los mosaicos desde el siglo V nos muestran a los clérigos con túnicas blancas. Dado el simbolismo de la túnica blanca como representación de la pureza, lo más seguro es que los celebrantes se colocasen una túnica blanca para la misa.

Después de lo dicho, lamento no dejar claro cómo pintar la imagen de San Agustín al celebrar la misa. En el culto oriental, el clero comenzó a llevar ornamentos más elaborados que en Numidia. Pero si eso está atestiguado por ejemplo por los mosaicos italianos del siglo V y VI, donde aparecen algunos santos o Justiniano rodeado de dignidades y eclesiásticos, no está claro que a un lugar tan rústico como Hipona hubieran llegado usos culturales refinados propios de la corte imperial. Ninguna de estas prendas aparece mencionada en ningún sermón del obispo africano.

Traigo a la memoria de nuevo el hecho de que los altares allí eran todavía de madera. Si los altares, en realidad, eran mesas de madera era porque se consideraba la misa como la Cena del Señor, cenar con Jesús, la cena en la que Jesús se hacía presente en medio de sus discípulos. Los apóstoles asistieron a esa cena vestidos con sus ropas comunes y así había seguido la costumbre. El cambio de la consideración de la eucaristía como una cena a considerarla un sacrificio se manifestó por la sustitución de las mesas de madera por altares de piedra. Y eso trajo, por pura lógica, un desarrollo de todos los elementos culturales, incluyendo los ornamentos del obispo. Pero San Agustín todavía vive en la época anterior a eso o, al menos, vive en una época de transición.

Para mí es un poco frustrante no saber cómo imaginar a Agustín durante la misa, éste era uno de los propósitos iniciales de este artículo. Así que me gustaría ofrecer algún dato más que pueda sacarnos de dudas.

Según el *Liber Pontificalis*, el primer Papa que usó el palio fue el Papa Marcos en el 336. San Agustín muere en el 430, ¿sería posible que un obispo africano celebrase la misa revestido con una túnica, mientras el obispo de Roma, a sólo cinco días y medio de travesía marítima, 800 kms, lo hacía con casulla y palio? Parece menos probable la opción de la costumbre arcaica.

Aquí me ocurre como cuando me gustaba imaginar la catedral de Agustín como una construcción pequeña de tipo púnico y me encontré con que tenía una basílica. También me hubiera gustado imaginar el arcaísmo de un Agustín vestido sólo con una túnica ante el altar. Pero parece más seguro que ya llevaba la casulla y el *orarium* sobre ésta. Tanto el marco arquitectónico basilical como las costumbres romanas hacen que si nos tenemos que decantar por algo, nos decantemos por la opción mostrada en los mosaicos de un siglo después.

Entre el año 313 del edicto de Milán y el año 395 en que fue ordenado obispo, transcurrieron 82 años. El episcopado de Agustín duró 35 años. Así que entre el edicto de tolerancia y la ordenación de Agustín debieron sucederse tres obispos, más o menos, en la sede de Hipona. El obispo del año 300 sí que debió celebrar las misas en un local de reuniones de estilo bastante norteafricano y primitivo. Ese obispo debía vestir una simple túnica durante la misa y las oraciones eran improvisadas en la eucaristía. Probablemente dos obispos antes de Agustín, ya debió procederse a erigir la basílica y tal vez ya en esa época se comenzó a colocar el *orarium* sobre la túnica para presidir la eucaristía. Dos obispos después, en la época de Agustín, éste celebraba en una basílica, con oraciones fijas y revestido con casulla y *orarium*. Podemos suponer que éste fue el proceso.

Eso sí, durante la salmodia de las horas, Agustín iba vestido con el resto de los laicos. Si era invierno y hacía frío, el obispo estaría en su sede con una penula encima. La penula era una capa hasta media cintura con

capucha. La capucha sólo se la echaría sobre la cabeza en la calle si llovía o dentro del templo mientras escuchaba las lecturas, no cuando oraba en la cátedra.

Hay que tener en cuenta que en todas partes se celebraba misa únicamente los domingos por la mañana. San Benito (que vivió un siglo después) deja patente en su regla que en los monasterios la misa era un acto exclusivamente dominical. En las iglesias ortodoxas, la misa sigue siendo una ceremonia del día del Señor. En la Edad Media, aunque la misa se celebraba diariamente en parroquias, monasterios y conventos, había santos que no celebraban la misa más que un par de veces entre semana, como el caso del arzobispo de Canterbury Becket. San Ignacio de Loyola difirió la celebración de su primera misa un año y medio.

Pienso que en la catedral de Hipona la misa nunca era un acto personal. Nunca un sacerdote oficiaba misa solo acompañado por un acólito. Era una cena de la comunidad con el Señor. Eso sí, en la catedral de Hipona se rezaban cada día todas las horas canónicas. Hay un texto en la carta de San Agustín a Genaro, la número 54, en que el santo escribe: *Alguien dirá que no debe recibirse cotidianamente la Eucaristía...* Pero en esa carta la palabra *cotidianamente* se puede referir a recibir la comunión todos los días que se celebra misa.

Durante el día la gente trabajaba y los oficios los rezaban sólo los monjes que vivían junto a la basílica. La catedral de Hipona contaría con unos quince o veinte monjes. Estos estarían acompañados en la nave central por una decena de almas piadosas, fácilmente todas viudas o mujeres muy devotas. Como menciona G. Hamman, un pagano le pregunta a otro que va a la iglesia: *¿No tienes vergüenza de mezclarte con viudas y ancianas?*

Pero al atardecer, acabado el trabajo, sería normal que cincuenta o setenta fieles se unieran a los rezos de los monjes. Esta afluencia de devotos estaría constituida en su mayoría por mujeres, siempre más

asiduas a estos actos en todas las latitudes y siglos. Al rezo de vísperas sí que asistiría cada día el clero de la ciudad. Era el gran momento de encuentro. El obispo, los presbíteros y diáconos orarían juntos cada día con el pueblo fiel. Los clérigos se sentaban en el banco de la exedra, el espacio semicircular más elevado que había en la cabecera de la basílica contaba con una bancada adosada al muro. Ese banco corrido de piedra tenía en su centro una cátedra de mármol. Cátedra de mármol liso, sin cosmatescos, pero seguro que con alguna inscripción en su respaldo. Lo normal era cubrir la cátedra con telas nobles o tapices.

Al resto de las horas canónicas no asistiría el clero, pues tanto presbíteros como diáconos debían dedicarse a sus ocupaciones civiles para mantener a sus familias. Aunque, en el siglo V, la mayoría del clero ya era célibe. De lo contrario, los cánones no impondrían como norma la castidad perfecta incluso a los diáconos. Si los cánones de Hispania y Africa ya dan por supuesto que el trato con las cosas santas requiere la castidad perfecta, es porque eso ya se vivía desde mucho antes. Podemos conjeturar que en este momento los presbíteros casados no debían constituir una cuarta parte del clero. Menos no, porque no son pocos los testimonios de obispos casados. ¿Por qué no más? Porque no serían razonables esos cánones si la mayoría del clero estaba casado. Algo a tener en cuenta es que esos varones casados no llegaban a la ordenación sacerdotal siendo muy jóvenes. Si ya habían sobrepasado la mediana edad, era mucho más fácil obedecer a esta petición de la Iglesia que si fueran sacerdotes recién salidos del seminario a los veinticinco años.

Por supuesto que los presbíteros casados del ambiente rural, clero nativo escogido entre los pocos candidatos que había donde escoger, serían los últimos en ser célibes y en mantener la castidad perfecta en la vida con sus esposas. Sin duda, el clero célibe predominó primero en las ciudades. ¿Cuánto clero rural tenía San Agustín bajo su autoridad? Si tenía tres presbíteros en Hipona, podemos suponer que tendría como mínimo absoluto tendría otros cuatro o cinco en localidades de alrededor, y como

máximo unos dieciseis más, a juzgar por las poblaciones de alguna entidad situadas en las vías que parten del puerto de Hipona.

Pero el presbiterio de Agustín no debía ser mucho más numeroso, primero porque siempre era preferible constituir otro obispo allí donde ya había un grupo de sacerdotes, y segundo porque la parte más cristianizada era la urbana. Y si en la gran ciudad de esas comarcas que era Hipona había tan pocos presbíteros, más pagana debía mantenerse la población de las pequeñas localidades.

La catedral de Agustín seguro que contaba con un ostiario encargado de abrir y cerrar las puertas, de encender las lámparas, de revisar las naves para ver que nadie se había quedado dentro absorto en sus oraciones o escondido. Desde el año 257 hay continuas referencias a los ostiarios en las iglesias de las ciudades. Por supuesto que se podría haber pagado a un portero sin necesidad de que recibiera una orden menor. Pero entre los hombres más religiosos y asiduos a la iglesia era entre los que se escogía al que ejerciera estas funciones. Si había que pagar a alguien para esa función, por qué no contratar al que con más devoción realizase esas operaciones para la iglesia. Así esta tarea pasó a ser una función sacra, una tarea encomendada a un clérigo menor.

Esta función era de por vida, no era un escalón encaminado al sacerdocio. Y ya que se le pagaba por estar allí todos los días, durante el resto de la jornada se le encargaban otras muchas tareas en bien de la iglesia, era un encargado para todo un poco. El ostiario siempre sería ostiario, así como el lector siempre sería lector. Los lectores no recibían paga alguna, pues sólo tenían que asistir a las ceremonias en las que iban a leer.

Los acólitos que recibían esa orden menor tampoco estaban pagados. Se limitaban a ayudar durante la misa. El subdiácono sí que era una persona mucho más involucrada en los asuntos eclesiásticos de la ciudad. Recibía esa orden menor bien porque él manifestase deseo de llegar a ser clérigo, bien porque el obispo quisiera acercarlo al estado

clerical. El subdiácono, además de estar entre los acólitos en el presbiterio, era el que se encargaba de todo lo relativo a los vasos sagrados y la sacristía, de eso no se encargaba el ostiario. El subdiaconado sólo a partir del siglo XII comienza a ser considerada como una orden mayor. Probablemente, los lectores eran los únicos encargados del armario donde se guardaban los libros de las Escrituras. Cada libro extenso de la Biblia estaba encuadernado de forma independiente, mientras que, por ejemplo, los profetas menores (de muy pocas páginas) se agrupaban por dos razones: por seguir la tradición judía y para ahorrar varias encuadernaciones.

Ser lector requería tener potente voz y cierto dominio de la lectura. En el oficio, los monjes podían leer a trompicones, sólo estaban ellos. Pero los lectores tenían que ensayar el texto para la eucaristías. Las líneas no mostraban separación entre palabras, sino un continuo fluir de caracteres sin comas, puntos o signos de interrogación. Poca gente podía leer bien en público. Esta función tenía su prestigio en la comunidad cristiana.

Los exorcismos los habían ejercido personas con ese ministerio otorgado por el obispo. La razón para pensar esto radica en en la carta del Papa Cornelio a Fabián (año 252) en la que se menciona al exorcista como un grado distinto e inferior a los tres grados del sacramento del orden. Esta función fue progresivamente reservada al sacramento del orden. En el siglo V, por el testimonio de la carta de Inocencio I al obispo Gubbio, sólo se menciona a los presbíteros y diáconos como ministros de los exorcismos. Así que lo más probable es que en Hipona los exorcismos estuviesen reservados al clero.

Como se ve, uno podía permanecer en una determinada orden menor toda la vida, no se consideraban escalones transitorios de camino hacia el presbiterado. Tan sólo el subdiácono sí que encauzaba de forma más directa hacia la posible recepción del diaconado en el futuro. Recordemos que incluso la mayor parte de los diáconos eran ordenados

para ejercer el diaconado toda la vida. Si bien, a menudo, cuando moría un presbítero se escogía a su sucesor de entre los diáconos. Las órdenes menores en una ciudad pequeña eran en realidad ministerios. Ellos no consideraban que tuvieran que llevar una vida clerical. Tan sólo el subdiácono era visto como un escalafón desde el que se podía pretender ir más allá.

Visto lo cual, se entiende la diferencia de peso que había entre un simple acólito que ayudaba en la ceremonia (sosteniendo los libros al presidente de la asamblea, llevando las cosas al presbiterio desde la sacristía, trayendo las velas, etc), y un subdiácono que era una persona cada vez más involucrada en las cosas de la iglesia y que llevaba las cosas desde las mesas laterales al altar, donde le esperaban los diáconos que eran los encargados de colocarlas y organizarlas sobre el altar.

Pero fuera del subdiácono, los clérigos menores realmente ejercían meras funciones. Recibían una bendición, pero no estamos hablando de una verdadera consagración. No se consideraban a sí mismos como transformados por ese rito de la entrega del objeto que representaba su ministerio. Por eso, cuando en esta obra hablemos del clero, nos referimos a los tres grados del orden sacerdotal. Los demás sólo son laicos con funciones, laicos que colaboran activamente en la comunidad cristiana.

El diácono, sin embargo, sí que siempre fue considerado parte de la jerarquía y, por eso, su ordenación se confería con la misma materia, la imposición de manos, que los otros dos grados. Mientras que las órdenes menores se conferían entregando un símbolo de ese ministerio y dando una bendición. Si alguien no perteneciente al aparato clerical llegaba al presbiterado directamente, como le ocurrió a Agustín, se debía a que él poseía una reconocida fama de santidad unida a una gran formación intelectual.

Si la bancada de la exedra era pequeña y los diáconos llenaban todos los puestos, los clérigos menores se sentaban en un lugar de honor en la nave central: justo delante del presbiterio, en el centro o a un lado. Al

presbiterio sólo subían los acólitos y el subdiácono. El lector leería en un ambón situado en la mitad de la nave central. No exactamente en la mitad, sino más cerca de la cabecera de la basílica, para que le pudieran oír bien los clérigos de la exedra. Ser lector requería conocimientos, pero de forma necesaria una voz potente. El lector leía con lentitud dado que el pueblo fiel no estaba cultivado en las letras y necesitaba su tiempo. Había que leer sin prisas.

Al describir la vida de la catedral, una y otra vez, me he percatado de las tensiones que debían existir entre los monjes y el clero. En un primer momento, no debió existir ningún conflicto: eran ordenados aquellos que estaban capacitados por su formación para ejercer esos cargos. Es decir, ojalá hubiera habido más personas suficientemente formadas para encargarles más trabajo. En la época de San Agustín, los textos parecen indicar que se encontraban en esa idílica situación en una ciudad de ese tamaño no excesivamente grande. Mientras que en Roma, Constantinopla, Antioquía, Alejandría o en algunas grandes ciudades griegas, las relaciones internas entre el clero debían haber abandonado una situación de simplicidad propia de las comunidades pequeñas.

Pero con el paso de un siglo o dos, incluso en Hipona, existía el peligro de la tendencia a que el obispo otorgase cada vez más cargos de importancia a sus monjes con los que convivía. El monasterio debió experimentar una natural tendencia a asumir todos los altos cargos clericales, dejando el pastoreo rural en manos de clérigos seculares. Esta tendencia la veo inevitable, sino fuera por un hecho que contrarrestaba esa dinámica: al obispo lo elegía el clero. Era el clero y no los monjes el que elegía al pastor de la diócesis. Ciertamente que el pueblo daba su parecer, pero eran los obispos de alrededor tras escuchar al clero los que tomaban la decisión final.

La gran cantidad de visitas disturbaba el ascetismo de las comidas y el recogimiento dentro del monasterio. Por eso, para mantener el ascetismo

y el ambiente de silencio de los monjes, Agustín acabó trasladándose al *episcopium* con el clero que vivía con él. El *episcopium* formaba parte de ese complejo eclesiástico, pero ya no estaba dentro del monasterio. De su *episcopium* salieron diez futuros obispos.

Sin ninguna duda, siempre que no hubiera una figura descollante por su santidad o ciencia, se intentaba que un obispo-secular sucediese a un obispo-monje que hubiera inclinado la balanza demasiado hacia un lado. Esta misma dinámica la observaremos en la Europa medieval. El clero se mantendrá férreo en la defensa de sus derechos de elección, para que la figura episcopal se siguiera manteniendo como una figura neutra en la relación entre clero regular y secular. Mientras tanto, en la época de Agustín, está claro que las cosas se viven de un modo pacífico. Desde el momento en que parte del clero vive de su trabajo civil y sus negocios, los cargos clericales se ven más como un servicio que como algo deseable. De momento, las relaciones eclesiásticas eran familiares y cordiales. No se administraba mucho dinero y los cargos solamente comenzaban a desarrollar su prestigio social. Agustín ejerció su episcopado sólo un siglo después de la última gran persecución.

Cuando Agustín se sentaba a rezar visperas, estaba sentada la santidad en esa cátedra, y el clero y el pueblo ante todo habían buscado al hombre de Dios para que les diese el alimento de la Palabra y les pastorease. Esa pureza de intención se conjugaría mal con tensiones eclesiásticas internas motivadas por la ambición. Al caer la tarde, día tras día, año tras año, San Agustín salmodiaba rodeado del respeto y veneración de su clero, de los monjes y del pueblo allí congregado.

Antes de la hora de vísperas, el ostiario iría encendiendo todas las lámparas de aceite de la basílica. Unas pocas estarían suspendidas de trípodes de bronce, la mayoría penderían de las vigas de madera; penderían fijas, sin poder subirlas o bajarlas. Las siete lámparas que aparecen en el comienzo del Apocalipsis y que representan a las siete iglesias de Asia

Menor hay que imaginarlas como estos trípodes de metro y medio de altura o algo más de los que colgaban normalmente de dos a seis lámparas. Estos trípodes eran fáciles de encender por el ostiario. Pero para encender las lámparas que colgaban de las vigas era necesario subirse a un taburete o una pequeña escalera que tenía que ir transportando. En las naves la afluencia de fieles podía ser muy grande, por eso las lámparas debían estar colgadas del techo para no entorpecer.

Una basílica de estas dimensiones podía estar iluminada cada atardecer por unas treinta o cuarenta lámparas. Encender todas las lámparas de una basílica al caer la tarde era una operación que llevaría más de un cuarto de hora. La operación de encender las lámparas era algo que se llevaba a cabo por parte de los ostiarios en todas las basílicas de la Iglesia. Una operación bella y cargada de simbolismo. Al caer la tarde, todas las basílicas eran iluminadas. El que entraba desde la calle se encontraba con un espacio sacro cargado de poesía que invitaba a la oración. Más todavía si se encendía un poco de incienso durante el rezo de vísperas, y si entraba mientras se escuchaba el lento y dulce rumor de monjes salmodiando.

La belleza y la sacralidad de esas basílicas de la Antigüedad impactaba profundamente a todos los que entraban. Es algo que se ha perdido en nuestros templos que buscan la mera funcionalidad, donde las velas se han arrojado fuera del templo y donde la luz eléctrica intensísima no favorece ningún ambiente de intimidad. La gente habla sin respeto al lugar y, de vez en cuando, suena la melodía de un teléfono móvil. Todo esto no tiene nada que ver con el impacto estético del interior de las basílicas de toda la Iglesia en esta época, donde se parecía palpar la presencia divina.

Pero sigamos con la labor del ostiario de la catedral de San Agustín. Apagar las lámparas era mucho más rápido y no requería de taburetes ni escaleras, bastaba un apagavelas largo como los actuales. Las lámparas no

estaban encendidas todo el día. Una treintena de lámparas hubieran llenado de mucho humo el espacio, el gasto de aceite se hubiera multiplicado por diez y la presencia diurna de una llama en una bien basílica (siempre han sido muy luminosas) hubiera sido casi invisible.

Las lámparas eran de distinto tamaño y estilo, lo mismo que los trípodes. Es posible que ya se encendieran algunos pocos cirios sobre el altar. Un mosaico de Thabraca (Túnez) del siglo V muestra una basílica cristiana de tres naves con un altar sobre el que arden tres gruesas velas. Tras las vísperas, las mujeres se marchaban de inmediato a preparar la cena en sus casas. La basílica que había estado abierta todo el día se quedaría vacía. El ostiario iría apagando las lámparas y cerraría las puertas de un templo ya completamente vacío.

En este artículo, una de las escenas más bellas que podemos imaginar es la descrita: cada atardecer, el obispo, el clero, los monjes y un grupo de gente reuniéndose a alabar al Señor. Eso cada día, mientras se aminoraba la luz que entraba por las ventanas y se hacían más visibles las decenas de luces de las lámparas y algunos pocos cirios sobre el altar. Los cirios de cera de aveja irían sobre el altar, no sólo porque así lo indique el relieve de Thabraca ya mencionado, sino también porque era un método de iluminación menos común y menos barato que las viejas y tradicionales lámparas.

Las velas de cera eran un medio noble de iluminación que ofrecían, además, una suave fragancia. Las velas existían entre los romanos desde 500 años antes de Cristo, pero eran normalmente de sebo; y, por tanto, olían mal. Pero la cera era escasa, tan escasa como la miel. Por eso el método usual de iluminación en el Imperio era la lámpara. De ahí que podemos suponer que si usaban cirios, estos (como un objeto caro y fragante) fueran colocados sobre el altar, encima de pequeños cuencos que recogieran la cera que pudiera derramarse.

He dicho que el clero se sentaba en el banco adosado a la pared alrededor del obispo sentado en el centro, en su cátedra. Sobre la dura catedral de frío mármol habría un cojín relleno de lana para el obispo. Esa amable comodidad se extendería al resto de la bancada de mármol. La cual hay que imaginarla con cojines individuales.

Los laicos que asistían al oficio se mantenían de pie ante el altar. Si se cansaban, podían sentarse en las bancas de piedra o ladrillo adosadas a los muros. A nuestra mentalidad actual, le resulta difícil no creer que, poco a poco, el podio de las columnas no hubiera ido evolucionando hasta formar un poyo en el que sentarse. Pero lo cierto es que no encontraremos poyos en las columnas de las iglesias posteriores ni en las visigóticas ni en las normandas ni en ninguna. Las columnas de la nave central eran columnas y sólo columnas, sin ofrecer alivio. Se oraba ante Dios de pie. Si uno quería podía arrodillarse hasta sentarse sobre los propios talones.

¿Pero los monjes oraban todo el tiempo de pie? La respuesta es no. Los salmos sí, pero las lecturas se escuchaban sentados. Se pide y se alaba de pie, pero el discípulo escucha sentado. Entonces queda una cuestión por mencionar, ¿dónde se sentaban los monjes? Hay únicamente dos opciones, o en la nave central con el resto de fieles o en el presbiterio. La primera opción hay que desecharla, aunque los monjes no fueran clérigos y la costumbre fuera reservar el presbiterio al clero. Dado que al presbiterio sí que subían los acólitos, parece evidente que los monjes se sentaban en sencillos asientos portátiles sin respaldo alrededor del altar, probablemente asientos con el aspecto de altos taburetes quizá con forma de cajones cerrados de una altura similar a la de una silla actual. Podemos dar por cierto que estos asientos formaban dos hileras flanqueando el altar. Fuera de las vísperas, los monjes arroparían a su obispo sentándose en la bancada de la exedra. El obispo no se iba a sentar en otro lugar, y seguro que no se quedaba sólo en la cátedra aislado de los monjes.

Las vírgenes consagradas que vivieran con sus familias normalmente asistirían a la salmodia de las monjas en su propio monasterio. Pero cuando asistían a la catedral lo harían en un lugar

reservado en la nave central. Quizá en un espacio lateral de ésta. Qué duda cabe que en los grandes días señalados todas las monjas y vírgenes consagradas asistirían a las vísperas de la catedral. Quizá estas monjas consagradas oraban en su iglesia las horas canónicas y se desplazaban a vísperas cada día a la catedral. Lo normal es pensar que en la catedral y el convento de monjas se salmodiaría siete veces al día.

¿El obispo y los monjes entrarían en la catedral para el rezo de completas o las rezarían en alguna dependencia del monasterio? La cuestión se responde si deducimos donde rezaban las tres horas menores entre laudes y vísperas. Si tercia, sexta y nona las rezaban en la catedral, no iban a dejar de rezar allí las completas. Y parece claro que esas horas menores las rezaban de forma pública. Los edificios anexos que conformaban una unidad del tipo monasterio-cancillería-residencia episcopal no eran de libre acceso. Y en esa época se tenía una viva idea de la importancia del culto público que había que tributar a la Divinidad. La liturgia de las horas no era una devoción personal, sino un oficio coral, y no sólo coral sino comunitario, es decir, asistían o podían asistir los fieles.

Así que hay que pensar que la entera comunidad penetraría en la catedral oscura, iluminada quizá sólo por siete lámparas y (en todo caso) tres cirios sobre el altar. La puerta principal se abriría por si alguien quería unirse a ese último rezo del día. Si alguien quería contemplar el rezo de vísperas, escucharía una débil campana que sonaba en la lejanía. Una campana pequeña, situada en alto, pero no en una torre. El que quería unirse a las completas tenía que dirigirse hacia la basílica por las oscuras y desiertas calles de una ciudad en la que no existía ni la más mínima iluminación pública. El viandante podía ir con un candil en las noches sin luna y con el cielo cubierto, pero lo más usual era transitar a la luz de las estrellas. Los ojos se acostumbran y se camina sin dificultad.

Al llegar a la catedral, sólo una puerta abierta, la central. Las tres naves están invadidas por una negrura perfecta. El hombre moderno con dificultad se puede imaginar esta escena salvo que haya visto una iglesia cuando se apagan todas las luces. Pero el que entraba en el templo podía

avanzar sin tropezar, el presbiterio sí que mostraba iluminación, débil y lejana, pero clara. El suelo de la nave central formaba un plano perfecto, sin escalones ni desniveles. Allí, de rodillas o sentado sobre sus talones, esperaba a que llegasen los monjes. Si la noche no era cerrada, una fantasmagórica luz lunar entraría por las ventanas de la nave central. Esa luz plateada forma verdaderos haces en el aire y figuras sobre el suelo. Incluso en esa época, uno tenía que ser de piedra para no impactarse por la poesía de una catedral bañada a trozos por esa luz.

En medio de esa quietud tenebrosa, tras un rato, irían apareciendo los monjes que se sentarían en la bancada de la exedra. El obispo llegaría y tras un tiempo de silencio, alguien entonaría el comienzo de último rezo del día. Todos se levantarían y salmodiarían, a veces juntos, a veces alternándose, a veces con un monje solista al que los demás le contestarían. Los monjes muchos días, sobre todo en invierno, rezarían solos. Otras veces, sobre todo con mejor tiempo, contarían con la presencia de dos o tres personas. En lo más bochornoso del verano, los pueblos mediterráneos sienten aversión a acostarse pronto y se unen a cualquier cosa que les sirva como excusa para salir de casa. Durante las completas del julio y agosto, sí que podía haber doce o quince personas presentes.

Sin televisión ni ordenadores, la gente hacía cualquier cosa con tal de no quedarse sudando en una estancia cerrada. El trabajo del día ya estaba hecho, ¿por qué no ir a escuchar a los monjes que recitaban unos salmos latinos cuya lengua entendían perfectamente? Podemos estar seguro de que todos (hasta la mayoría de los paganos por curiosidad) habían ido, al menos una vez en la vida, a ver a los monjes salmodiar en la noche.

Una última cosa hay que tener en cuenta, los salmos se recitan de memoria. A base de años, los novicios los van aprendiendo poco a poco sin tener que hacer gran esfuerzo. Yo en mi infancia recuerdo como los escolapios nos hacían aprender una poesía de memoria cada día que teníamos que recitar al día siguiente. Esto es impensable para la memoria de los jóvenes de hoy. Aprender en unos cuantos años los 150 salmos era

lo normal. Sólo el resto de lecturas se leían. El monje que las leía sí que se acercaba al atril bien iluminado a la hora de maitines y completas; y a otras horas si estaba nublado. Para los oficios, sólo se hacía uso de un único libro. Para todo lo demás, los monjes estaban de pie o sentados sin libros.

La oración final del obispo quizá era fija, pero tal vez todavía era improvisada. Cuando siglos después fueron apareciendo libros con oraciones escritas, era mejor leerlas antes de la ceremonia y repetirlas más o menos fielmente. Tener un libro delante implicaba tener un acólito que lo sostuviera (el que presidía oraba la plegaria con las manos alzadas), que la letra fuera grande y que la luz justamente allí fuera suficiente. Sin duda, esos libros de oraciones fueron apareciendo ya en esta época. Pero si la catedral de Hipona tenía un libro con oraciones conclusivas, era mejor leer la oración en la residencia episcopal antes de dirigirse a presidir el oficio, que intentar hacerlo en la basílica con un acólito que sostenía el libro a cierta distancia y bajo una luz no del todo perfecta.

Las horas canónicas de la Antigüedad eran las mismas que las de la liturgia romana actual, porque siguiendo la enseñanza del salmo 119, *siete veces al día te alabo*, esas horas se distribuían durante la jornada, rezando oficio de lecturas antes del amanecer y las tres horas menores entre laudes y vísperas.

Quizá no durante todas horas canónicas, pero antes de las vísperas muy posiblemente un monje pondría un incensario justo delante del altar o sobre éste. Los pueblos antiguos eran muy dados al uso del incienso. Si no lo usaban en las vísperas, no había otra ocasión más propicia en todo el día. El incensario seguro que se colocaría sobre el altar, de lo contrario no se vería desde el banco del clero. Hay que pensar en un incensario fijo, sin cadenas. Un pebetero de metal con tapa enteramente cubierta de artísticos agujeros o formando un entramado de bandas de metal. Este turíbulo se llenaba con brasas tomadas de la cocina y sobre ellas se echaban gruesos trozos de incienso del tamaño almendras. El incienso molido, al que ahora

estamos acostumbrados, dura apenas tres minutos echando humo. Pero si se usan gruesos trozos de incienso, el humo salía del turíbulo durante todo el oficio. Bastarían dos o tres de esas almendras para que se elevase durante el rezo de todos los salmos. Si el incensario se colocaba en el centro del altar, iría sobre una base de madera de un par de centímetros de altura, para que el calor no quemase los manteles. Dada la afición que sentían al incienso romanos, griegos, egipcios y pueblos semitas, si la comunidad tenía dinero, lo más normal es que en la catedral sobre el altar se colocase incienso (al menos un poco) en cada una de las horas canónicas. Además, en días muy solemnes se usarían fragantes gomorresinas venidas de oriente. Pero si faltaba dinero, los días de diario se podían usar simples resinas de árboles de la zona: el uso del incienso debía ser diario.

Antes del amanecer, se abrían las puertas para que el que quisiera pudiera asistir al rezo de maitines. Maitines, el oficio de lecturas, se rezaba con la catedral todavía dominada por la oscuridad, más o menos un par de horas antes del amanecer. Recuérdese que no había reloj. Un monje despertaba a toda la comunidad y se tocaba una campana para el laico de la ciudad que quisiera unirse. Este tipo de referencias acústicas eran muy útiles para las poblaciones. Los que querían seguir durmiendo y tenían esa costumbre ni se despertaban por el tañir de una lejana pequeña campana. Pero el que tenía por costumbre levantarse más pronto, sí que reaccionaba a ese signo siempre que se hubiera acostado pronto y, por tanto, no estuviera inmerso en un sueño profundo.

Durante todo el día, la iluminación era la muy abundante que entraba por las ventanas. Las basílicas contaban con una excelente iluminación natural. En el norte de África tenían toda la luz que podían desear. Como la luz del verano entrando en la basílica calentaría en exceso el interior del templo, es seguro que todas las ventanas contarían con celosías que redujesen esa irradiación. En el norte de Africa, lo mismo

que en oriente, todas las casas y palacios contaban con celosías de madera cuyo único objetivo era reducir esa irradiación.

El juego de haces de luz entrando dentro del templo desde lo alto debía un verdadero ornato de ese espacio. Si a ello añadimos que en las columnatas debía haber cortinas con una función meramente decorativa, el espacio queda más bellamente compartimentado. Las cortinas eran decorativas pero mejoraban la audición en la nave central cerrándola desde el presbiterio hasta la mitad de la nave central. Además le daban un aspecto más cálido a lo que de otra forma hubiera resultado fría arquitectura. Las cortinas que separaban algunas partes de las tres naves se podían anudar si un domingo se llenaba de fieles el templo. No tenía sentido poner cortinas hasta el final de las dos columnatas, sólo hubiera servido para convertir la basílica en tres pasillos independientes. Mientras que cerrar el espacio más usado que era el más cercano al presbiterio ofrecía mejor audición y creaba una agradable diversidad visual en ese espacio. Los días de mucha afluencia las cortinas se recogían sujetándolas a ganchos en las columnas para que la gente escuchase y viese desde las naves laterales, o bien se hacían se les anudaban dos telas largas (una a mitad de altura y otra abajo) para que la cortina cayese como formando un tubo. Lo normal es que se combinaran las dos formas (los ganchos de las columnas y los dos nudos en el paño central) dado que entre los intersticios de las columnas habría dos o tres paños verticales. Una paño que cubriese todo el intersticio entre columnas se recogería con más dificultad, tanto en un gancho como anudando telas. Dos o tres franjas de tela más estrechas resultaban más cómodas también para lavar. La parte inferior de esas cortinas acababa ensuciándose, pues era tocada por las manos de la gente al pasar a las naves laterales.

La fachada central de la basílica lo óptimo es que contase con tres puertas, al igual que la mayoría de las romanas. Para los constructores de una basílica del norte de África con 47,5°C de temperatura máxima en verano, resultaba evidente que había que construir un edificio en el que se pudieran abrir el mayor número de puertas posible para que corriera el aire

cuando la basílica estaba atestada de gente; y aun sin estarlo si era verano. No sólo habría tres puertas en la fachada principal, sino probablemente otras dos a los lados de la exedra, en el final de las naves laterales, para que pudiera correr el aire formando una corriente. Y quien sabe si habría otras dos puertas en los flancos laterales, aunque ésta no fuera la costumbre de la Urbe. Hay que tener en cuenta que las ventanas superiores estaban muy altas y abrirlas y cerrarlas sólo resultaría posible desde fuera subiéndose a las naves laterales.

En un primer momento pensé que las celosías de las ventanas superiores podrían levantarse desde el final de la primavera hasta el final del verano. Pero esto planteaba dos problemas. El primer problema y principal era que abiertas la irradiación solar entraría masivamente y calentaría en exceso el interior. El segundo problema era de seguridad. Había paganos adolescentes que estarían deseosos por entrar en ese espacio durante la noche, aunque sólo fuera para acciones inofensivas como explorar el lugar o hacer grafitis. Otros podrían estar más interesados en robar las lámparas de metal o penetrar en la sacristía.

Las celosías debían ser completamente fijas por una mera cuestión de seguridad. El modo de facilitar la circulación de aire eran las puertas. En el esquema propuesto como hipótesis arriba, eso supondría que la basílica contaba con siete puertas, número simbólico muy agradable para los constructores cristianos.

Todas las puertas se cerrarían desde dentro con una gruesa tranca horizontal. Sólo una de las puertas contaría con una cerradura. Por proteger ese espacio de robos, teniendo en cuenta que allí se guardaban los vasos sagrados, los libros (que eran objetos caros) y la Eucaristía en una píxide de la sacristía, podemos dar por supuesto que por rotación uno de los monjes siempre dormía en la basílica. Al atrancar todas las puertas, el religioso se dirigiría a la dependencia que sirviera como almacén de la basílica, y de allí sacaría un jergón, unas mantas y se acomodaría en algún rincón de las tres naves. En ese almacén habría una bacinilla por si sentía

alguna necesidad durante la noche. Ese cuenco de indigna utilidad se usaría en esa dependencia aparte, fuera del espacio sagrado de las naves.

Dormir en una basílica vacía, silenciosa y sin una sola luz debía ser toda experiencia siempre impresionante incluso para los que lo hacían de forma habitual. Digo que no habría ni una sola luz, porque la seguridad se confiaba al oído. No era nada recomendable que el monje con un candil se acercase a comprobar si habían entrado intrusos. Cualquier ruido se escucharía perfectamente bien en ese espacio de silencio.

Ante cualquier ruido, su labor no era enfrentarse a los ladrones que, sin duda, serían individuos violentos, sino acercarse sigilosamente al monasterio a dar la voz de alarma a la comunidad que dormía en el monasterio adyacente. Por esta razón, el monje no tendría ninguna lámpara encendida cerca de él. No necesitaba ver, todo se limitaba a prestar atención por si oía algo. Desde luego, el monje vigilante no quería que los ladrones, los profanadores o los adolescentes gamberros se percataran de su presencia. Puede parecer que había poca posibilidad de que jóvenes juerguistas paganos decidieran, después de haber bebido vino, entrar en la basílica por puro juego. Pero, desde luego, trepar hasta las ventanas de la basílica y darse un paseo por ese lugar misterioso sin duda hubiera sido una tentación de no haber habido allí un vigilante. Sin vigilancia, no hay duda, de que antes o después, por unas razones lúdicas o por más torcidas, alguien hubiera entrado subrepticamente allí.

En momentos de mayor turbulencia, quizá se quedaron hasta cuatro monjes por la noche. Los monjes no dormían en celdas individuales, sino en dependencias comunes, sobre jergones de paja. De ahí que dormir en esa dependencia o en la basílica no suponía para ellos ninguna diferencia. En verano, incluso, se estaría más fresco en la basílica. Tenemos referencias medievales de monjes que dormían en las iglesias. Santo Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, algunas veces hacía que le preparasen un jergón para dormir en el interior de su catedral románica. Probablemente lo hacía en el espacio entre el final del coro y el altar mayor. Esta costumbre se retrotraía a la época bíblica, pues de Samuel se

dice que dormía en la Tienda de la Reunión (1 Sam 3, 3) cuando escuchó por primera vez la voz de Dios llamándole. Como este pasaje era especialmente bien conocido, no resultaba extraño para los monjes de la época la idea de pasar no sólo el día sino también la noche en la Casa de Dios. Por eso, en la época de San Agustín, incluso por mera devoción no podemos descartar que los monjes que lo deseasen durmiesen en la basílica siempre que quisiesen.

Había no poca aversión entre paganos y cristianos, pero entre católicos y donatistas había verdadero odio. Los cristianos más fanáticos, de uno y otro lado, sin duda, querían hacerse mutuamente el mayor daño posible. Sin vigilancia, los más exaltados de los donatistas hubieran deseado quemar la catedral de Agustín; En varios estallidos de violencia donatista, en medio de grandes disturbios, los herejes no habían respetado ni siquiera la vida de los clérigos. Entre el 405 y el 411, hubo esporádicos disturbios en los alrededores de Hipona a causa de los herejes más extremistas.

Por todo este ambiente, incluso durante el día, habría turnos entre los monjes para no dejar sin vigilancia la basílica. Sin vigilancia, los más gamberros hubieran colocado los grafitis más increíblemente deshonestos en sus columnas. Como ahora, entre los adolescentes paganos hubiera habido apuestas para ver quién hacía la barbaridad más grande en la tranquila y desatendida iglesia de los cristianos.

No resultaría extraño que las puertas de la basílica se cerrasen a la hora de la comida, durante las dos horas empleadas por los habitantes de Hipona para el almuerzo, el descanso en familia y la siesta. En todos y cada uno de los países mediterráneos, desde Portugal en el oeste hasta Grecia en el este, el descanso del mediodía (con siesta o sin ella) ha sido una costumbre perfectamente mantenida a través de los siglos.

Durante ese periodo de tiempo meridiano de un par de horas y a plena luz del día, tal vez sí que se haría uso de la llave para cerrar la basílica sin dejar a nadie dentro. A ciertas horas del día, toda la ciudad se

retiraba a sus hogares a comer juntos y descansar. Era un tiempo de descanso tanto para el obispo como para los paganos. Es curioso observar como ciertas costumbres eclesiásticas acerca del cierre de los templos se han mantenido inalteradas en el tiempo a través de los siglos.

A la peor hora en que cae a plomo el inmisericorde sol del verano, inteligentemente toda la comunidad se retiraba a sus casas. Nadie iría a rezar a esas horas. Se puede suponer que la basílica se cerrase, del mismo modo que tras las vísperas. ¿Qué podía hacer allí una mujer rezando cuando ya había caído el sol? Lo que tenía que hacer era la cena. La catedral se cerraba pronto en invierno. Se abría un par de horas antes del amanecer para maitines. Y se cerraría durante un par de horas al mediodía todo el año.

Si una persona conocida del clero o los monjes, manifestaba su deseo de pasar la noche en vela en el templo, sin duda se le permitiría. Se hacían vigiliias como penitencia en esa época. Y aunque uno podía quedarse en vela en su casa, sin duda ayudaba a orar hacerlo en la catedral. El interesado se llevaría algunas mantas por si tenía frío, pero también para colocarlas sobre el suelo si quería dormir.

La noche se dividía en cuatro vigiliias para los romanos. La penitencia era tener que pasar allí las vigiliias de la noche, pero eso no excluía dormir en cuanto la persona lo creyera conveniente. La vigilia en el templo pasó a ser una práctica agradable al Señor, pero entendida así: orar lo que se pudiera y después quedarse dormido en la presencia del Señor en su casa. Obsérvese este aspecto tan bello de la catedral de San Agustín: el templo del Señor siempre habitado por sus servidores, día y noche. Por eso es posible que, incluso al mediodía, un monje echase su siesta allí con las puertas cerradas. La casa de Dios siempre cuidada, siempre acompañada. Entre echar la siesta en un dormitorio común con más ruidos y molestias, o hacerlo en la basílica con silencio y soledad, era preferible esta segunda opción. Los monjes quizá tenían celdas particulares en ese monasterio, pero no hay que darlo por supuesto.

Para cualquier arquitecto actual, una basílica clásica vacía tal como aparece en los libros de arquitectura resultaría muy fría como templo cristiano. Pero hay que imaginarla con los mosaicos, los frescos, las cortinas cayendo entre columnas en algunas zonas, las lámparas colgando del techo. Y todavía cobra más vida con la gente llenando la nave central, con las vírgenes consagradas, los monjes y los clérigos menores ocupando sus lugares específicos, separados por cancelas. Estos puestos especiales son los que acabarían formando el espacio llamado *schola cantorum* que nos han quedado en tantas basílicas. Lo que está claro es que en la Antigüedad tardía a los cristianos les gustaba compartimentar los grupos de consagrados y concederles lugares reservados. La idea actual de una misa en una parroquia en la que el obispo y el párroco están sentados frente al pueblo formando éste una masa indiferenciada no era lo que sucedía entonces. Como mínimo, monjas, clérigos menores y autoridades civiles debían ocupar lugares compartimentados. Lo mismo que en la parábola del banquete (en la que el presuntuoso debe dejar su sitio), el lugar ocupado en cualquier acto social tenía gran importancia en todos los pueblos de la Antigüedad.

En la basílica todavía no había imágenes talladas de santos, pero sí que ya empezaría a haber frescos y mosaicos de mártires. Alguna familia puede que se encargara, como agradecimiento, de rellenar la lámpara ante algún santo. En las naves laterales quizá se encuentren adosados a la pared tres o cuatro sarcófagos de algunos de los últimos cristianos que murieron en las últimas persecuciones. Existía una capilla adosada a la basílica donde se veneraban algunas reliquias de San Esteban.

En algunos lugares, existía la costumbre de colocar algunas flores sobre los manteles del altar. El presbiterio hay que imaginarlo sin ciborio y sin velo alguno que separase la parte de los fieles de la del clero. La única separación era la elevación del presbiterio (usualmente de metro y medio, más o menos) para ofrecer mayor visibilidad. Casi tocando a la catedral estaba el baptisterio. Casi tocando pero no anexo, sino próximo a sus

muros. Para representar con ello que tras el sacramento se entraba en el templo que simbolizaba la Iglesia.

Ya que se han mencionado los sarcófagos, a Cristo se le representa joven, sin barba, como un romano con toga. No se lo imaginaban revestido de un modo oriental, sino al modo romano. Sin duda, cuando escuchaban los evangelios, visualizaban una Jerusalén al modo de una ciudad romana de provincias, con sus sacerdotes y fariseos vestidos como en la parte occidental del Imperio. El templo hierosolimitano pensarían que debía ser como los grandes santuarios griegos como el de Pérgamo o Éfeso, con sus techos de teja y sus columnas estriadas coronadas por capiteles corintios. Basta ver cómo representan a Cristo, para darse cuenta de que nunca habían imaginado el mundo de Jesús con una estética oriental. Resulta interesante observar que cuando leían las batallas de los Macabeos o las historias de Moisés con la corte del faraón imaginaban a todos los personajes vestidos esencialmente al modo romano.

¿Cómo era la misa? San Agustín llegaba a su cátedra y saludaba con la fórmula: *Dominus vobiscum*, el Señor esté con vosotros. La fórmula había que pronunciarla con voz potente, impostando la voz, para que pudiera ser escuchada por las más de trescientas personas de una misa dominical normal. Tras eso, sin ningún rito inicial más, el obispo se sentaba en la exedra flanqueado por sus siete diáconos.

Siempre había pensado que el obispo de Hipona tenía a sus lados también a los presbíteros. Pero, por las razones que ya he explicado antes, deduzco que en la misa de Agustín sólo había diáconos y clérigos menores hasta completar los lugares de la bancada de la exedra. Si el obispo quería predicar a sus presbíteros y al resto de los clérigos menores dispersos en las otras tres iglesias, lo haría en algunas vísperas solemnes, no en la misa. Los presbíteros no asistían a una misa del obispo ni siquiera en días muy señalados. Las misas no se celebraban a cualquier hora, sino sólo por la mañana. Si los sacerdotes asistían a la misa episcopal, los fieles se

quedarían sin misa en sus iglesias. Había que elegir: o asistir a la catedral o celebrar cada uno en su iglesia. Y la catedral no tenía espacio suficiente para acoger a todos los fieles que antes he calculado que asistirían en un domingo normal.

La idea de celebrar más pronto en la iglesia propia y asistir a la del obispo más tarde entra dentro de lo posible. Pero creo que para ellos no tendría mucho sentido. Tenían muy claro el valor único de esa Cena con el Señor. La repetición de misas tardaría muchos siglos en llegar. La unión con el obispo se manifestaba en el hecho de orar juntos con él cualquier día de la semana, incluso ese mismo domingo en las vísperas. Pero no en la necesidad de estar presentes en la misa episcopal. Recordemos que el obispo ordenaba presbíteros para que celebrasen la eucaristía. Para que le ayudasen en la misa y en las otras funciones eclesiológicas, ya tenía a los diáconos. Los diáconos llevaban los asuntos más importantes de la curia y eran ordenados directamente obispos sin problema. Me parece claro que, en casi todas partes de la Iglesia, el obispo celebraba con la asistencia únicamente de los diáconos. Habría excepciones, como las sedes patriarcales con mucho clero. En Alejandría o Constantinopla, y por supuesto en Roma, sí que presbíteros y diáconos compartirían la bancada hasta completar sus espacios.

¿Quién celebraba la eucaristía en la catedral? En la actualidad, la mayor parte de los obispos celebran la misa diaria en su capilla privada. El obispo es una figura que sobrevuela todas las parroquias y capillas, yendo los sábados y domingos a distintas iglesias. En la época de Agustín, era inconcebible la *missa sine populo*. Como cena del Señor era una ceremonia totalmente comunitaria. Los clérigos, fuera cual fuera su rango, se reunían en torno a la mesa para celebrar ese recuerdo de la Última Cena, dígame lo mismo respecto al rezo de la liturgia de las horas.

No existía el concepto de varios sacerdotes sentados en los bancos de una iglesia y rezando cada uno el breviario en silencio. Si uno no asistía

a la ceremonia comunitaria por alguna razón, no tenía que cumplir con ninguna obligación. Si uno estaba de viaje, no se llevaba los libros de las Escrituras para leer por su cuenta. Démonos cuenta de que no existía ningún breviario. Las horas canónicas se rezaban sin otros libros que el concreto de la Biblia sobre un atril que se estuviera leyendo esos días. En el coro de los monjes, nadie tenía nada en las manos. Eso favorecía mucho el sentido comunitario de esa oración. Uno escuchaba, no se aislaba en su propio libro sostenido entre las manos.

La única misa dominical la celebraba siempre el obispo, salvo que estuviera de viaje. Un obispo-monje sólo viajaba para asistir a concilios o para visitar las comunidades que dependieran de él. Los obispos-monjes no salían de su residencia por ninguna otra razón. Los obispos-casados sí que dejaban la ciudad por negocios, además de que seguían viviendo en su propia casa con su familia. Los obispos-célibes que ni estaban casados ni eran monjes normalmente vivirían en la residencia episcopal, con monjes si los había, pero sin sentirse obligados a una vida tan reclusa ni estricta.

Un obispo africano del siglo V, cualquier tipo de obispo, siempre celebraba en la iglesia donde se encontraba su cátedra. Era su iglesia, la sentía como propia. Conocía a sus feligreses. Ellos le llevaban escuchando años y años. En verdad se cumplía que el pastor conocía a sus ovejas y ellas le conocían a él. Los vínculos de afecto y veneración entre un obispo y sus fieles eran impresionantes. La muerte de un obispo se sentía como la muerte de un verdadero padre, se lloraba como una tragedia y su vacío se sentía como irremplazable. No en vano se le había escuchado durante veinte o treinta años, domingo tras domingo. Todo esto nada tiene que ver con los obispos actuales que van de una iglesia a otra, y son con frecuencia son reemplazados al cabo de algo más de diez años. En los obispos actuales prima el desempeño de la administración, del gobierno sobre los clérigos, pero se ha perdido aquella unión tan entrañable entre los habitantes de una ciudad y su gran pastor. En esa época se escogía al obispo entre los más doctos, y el pastor de pastores descollaba siempre por su ciencia; a menos que se tratara de un obispo rural y hubiera que elegir

entre lo que había. Además, existía un grandísimo interés en escoger a los más santos para el cargo. En los primeros siglos, son frecuentes los obispos que son grandes maestros santos.

Los sermones de Agustín, como de los otros obispos, estaban totalmente adaptados a la inteligencia de sus oyentes. Existía una cercanía física, se conocían muy bien. Un sermón escrito podía enriquecerse con grandes disquisiciones teológicas, pero el sermón oral estaba totalmente adaptado a su audiencia. Si bien, en esa época, Agustín trata de enseñar a su pueblo. Alguien que hubiera escuchado durante más de un lustro a Agustín todas las semanas sin duda había aprendido como un discípulo que asistiera a las lecciones de su maestro. De manera que Agustín como otros obispos pueden ir profundizando en la profundidad de los temas conforme se produce el avance de sus sermones. En muchos de nuestros sermones actuales, todo el tiempo se apela a los sentimientos, son homilías que buscan conmover. Además de que son frecuentes los lugares comunes. Se repiten con frecuencia sermones sobre cuestiones morales actuales. Agustín da verdaderas lecciones, sus palabras rezuman teología, se interna en cuestiones profundas. La gente buscaba eso, un maestro de las Escrituras; y Agustín les daba eso. Es un tiempo en el que la gente normal no tiene acceso a ningún libro, ni uno solo. Y, por tanto, se valoraba tener un maestro. Por supuesto que en otras catedrales no se disponía de una figura así, por eso Agustín brillará con tanta fuerza ya en vida como modelo de obispos.

Si Agustín se marchaba de viaje, ¿quién celebraba la eucaristía en la catedral? Ya hemos dicho que en una pequeña ciudad como Hipona, no hay sacerdotes que no ejerzan como tales los domingos, todos tienen su altar. Si el obispo se ausentaba, era uno de los presbíteros de la ciudad el que ocupaba su lugar en la catedral. Eso significaba que, por ejemplo, la iglesia de las monjas durante un par de domingos no tenía misa. Las monjas se unían a la eucaristía de la catedral.

Una cuestión que puede venir a nuestra mente es dónde se recibía el sacramento de la penitencia. Hay que dejar claro que no sabemos casi nada

acerca de la forma concreta que revestía este sacramento en esta época salvo que había una confesión de los pecados y una imposición de manos. Es tan fragmentario y escueto lo que se sabe de la confesión que los huecos se pueden rellenar con suposiciones de muchas maneras y no sólo de una. Algún texto que parecería indicar que este sacramento era considerado como un segundo bautismo que se recibía una sola vez en la vida. Pero algunos de esos textos no sabemos si se refieren sólo a la administración del perdón en el que caso de grandes pecados que requerían de un proceso penitencial que duraba toda la vida. Estos textos perfectamente podrían referirse sólo a los grandes pecados públicos. Resulta bien posible que el perdón de los pecados más pequeños discurriera bajo otra praxis más parecida a la actual, aunque de administración mucho menos frecuente.

Como la penitencia era pública, algunos han pensado que la confesión de los pecados también era pública. Eso es un error, la penitencia era pública por los pecados cometidos públicamente: como un adulterio bien conocido por todos o un acto idolátrico realizado en el desempeño de funciones edilicias por ejemplo. Para el resto de pecados quizá la praxis era similar a la actual, aunque recibiendo este sagrado sacramento únicamente tres o cuatro veces en toda la vida. Yo, desde luego, me inclino hacia la tesis de una sustancial continuidad desde entonces hasta nuestros días en el modo de administrar este sacramento.

Así que permitaseme exponer mis conjeturas respecto a la catedral de Agustín y este sacramento. Quedan testimonios de confesiones en las casas privadas. Pero eso siempre se les ha hecho bastante cuesta arriba a todos los penitentes de todas las épocas. Lo normal es que en la misa dominical se anunciara que, durante los tiempos penitenciales, habría un sacerdote en la catedral para otorgar la remisión de los pecados.

El sacerdote no estaría horas y horas, todos los días, esperando la llegada de los fieles. Se anunciaría, por ejemplo, que el presbítero iba a hallarse en la catedral tras el rezo de la hora de nona todos los viernes del

santo tiempo de cuaresma. Digo la hora de nona, porque por la mañana todos trabajaban y tras las vísperas era tiempo de recogerse en casa.

El presbítero con su túnica normal o revestido con una túnica blanca, más digna, se sentaría en una silla junto al altar o en una de las naves laterales. Puesto que la persona podía emocionarse, lo más lógico es pensar que esta reconciliación se realizaba en la discreción de una nave lateral. No pienso que el presbítero estuviera todo el tiempo de pie. Quizá usaba un alto taburete sencillo como el de los monjes durante los oficios, quizá es posible que ya existiera un asiento más digno para este acto de autoridad. Probablemente las cosas no pasaron de un taburete alto.

Para nuestra mentalidad resulta muy natural que la dignidad de este acto acabara haciendo que, por lo menos en alguna catedral, se adhiriese una modesta sede de piedra empotrada en la pared con alguna inscripción alusiva en la espalda. Pero lo cierto es que en ningún lugar del Imperio se ha conservado nada de esto, ni materialmente ni en testimonios escritos. Así que debemos pensar simplemente que estaba sentado en una silla o en un taburete sin respaldo. Todavía no nos consta que llevase estola.

No sabemos si el penitente se arrodillaba frente al presbítero, o si se sentaba en otro taburete, o si paseaban por la nave lateral. Lo seguro es que tras escuchar los pecados y decirle unas palabras, el sacerdote le imponía las manos sobre la cabeza y le otorgaba el perdón en nombre de Dios. Este sacramento se consideraba un misterio tan sagrado que se recibía muy pocas veces en la vida. Quizá sólo se solicitaba tres o cuatro veces (o menos) desde el bautismo hasta la muerte.

¿Cómo era la misa en esa catedral? La misa comenzaba escuchando las Escrituras tras el saludo. En África y en Roma se encuentra que ese saludo era tanto *Dominus vobiscum* como *Pax vobis*. Ambas fórmulas las usaban indistintamente San Optato y San Agustín. Antes las lecturas, parece que sólo había un saludo del celebrante. Righetti en su *Historia de la liturgia* explica que los kyries aparecen en oriente después de la mitad

del siglo IV y que de aquí paso a Roma en el primer tercio del siglo V. Y añade: *En la Urbe entonces la misa comenzaba con las lecturas, sin ningún formulario eucológico preliminar.*

La basílica no requería de iluminación durante la misa. Ya que al mediodía la luz natural era abundante. En Hipona los fieles sólo conocen un único evangelio, el de Mateo. En las fiestas de los mártires se leían las actas de sus pasiones. Después de las lecturas venía el sermón. Parece lógico que se colocase un asiento a un lado del altar, justo cerca del comienzo del estrado elevado. La cátedra tenía un gran simbolismo, pero una homilía desde ese extremo, con el altar en medio distanciando más al predicador de los fieles, hubiera dificultado mucho más la audición. Me atrevo a pensar que la mayoría de los sermones de un obispo joven eran dados de pie para favorecer la expulsión de la voz con más potencia.

Un Agustín anciano quizá estaba sentado en un digno pero sencillo asiento de madera a un lado del altar, al borde del estrado. Pues en el sermón 355 dice: *Para no alargarme demasiado, teniendo en cuenta, sobre todo, que yo os hablo sentado, mientras que vosotros os fatigáis de estar de pie, os diré...* Podemos pensar en un asiento portátil al estilo de una silla curul. Lo que resulta totalmente inverosímil es que incluso un joven predicador dotado de voz potente predicase al pueblo desde su cátedra en el extremo de la basílica, y además sentado lo cual todavía resta más fuerza la voz.

Algo así sólo sería posible si la cátedra estuviese tan elevada que el altar no supusiese un obstáculo para la audición, pero las basílicas cristianas nos muestran unánimemente que la altura de la cátedra no tenía en cuenta este factor. Luego ese pequeño hecho, la poca altura de la cátedra respecto al altar, es la prueba de que el sermón no era pronunciado desde el ábside, sino junto a las gradas del comienzo del presbiterio. Esto es así de forma muy clara incluso en la basílica de San Giorgio in Velabro, cuyas naves son diez metros más cortas que la Basílica de la Paz de Agustín. En la iglesia de San Giorgio, la cátedra está situada muy poco más elevada del

altar. Incluso sin altar, hablar desde ese ábside de esa pequeña basílica romana está al límite de cualquier persona con buena voz.

La cátedra de piedra era una toda una representación de la autoridad episcopal y en ella se sentaba siempre cualquier obispo que presidiese cualquier ceremonia. Eso era así siempre: menos en el sermón. Las basílicas tienen mala acústica (techos triangulares de vigas de madera, columnas a los lados) y estaban llenas de gente. Parece claro que los sermones episcopales debían pronunciarse de pie y acercándose lo más posible a la gente situada en la nave central.

Si alguno por defender la dignidad de la cátedra, quisiera mantener que los sermones eran pronunciados desde ella, sólo le pido que se haga idea de lo que esto significa con una comparación: lo atronador que sería para los clérigos sentados a su lado tener que escuchar un altavoz a una potencia tal que fuera audible hasta, al menos, la mitad de la basílica; un solo altavoz potente para toda la basílica. Por eso, cuando en Italia vemos actualmente esas magníficas cátedras en las basílicas romanas debemos tener en cuenta que el lugar del sermón era triple:

Ex cathedra: Si el obispo pronunciaba un sermón desde su cátedra, era porque quería hablar sólo al clero. Esto sucedía sólo en el caso de una reunión del clero con ocasión del rezo de laudes o vísperas.

Ex altare: El obispo habla al pueblo de pie al lado del altar. Conforme avanzaban los primeros siglos de la Edad Media, cada vez fue más infrecuente esto, dejándose el sermón en manos de otro predicador.

Ex ambone: El predicador no episcopal habla al pueblo congregado desde la mitad de la nave central.

Los sermones *ex cathedra* fuera de la misa serían frecuentes en Roma (la ciudad donde se hallan más de cuarenta basílicas) donde la asistencia clerical era muy abundante. El pueblo que eventualmente pudiera haber presente en la nave central asistía a un acto eclesiástico y para los eclesiásticos: a partir del siglo VIII o IX el pueblo fiel ni entendía los salmos en latín ni pretendía escuchar las palabras del Papa dirigidas a los obispos, presbíteros y otros clérigos presentes en la exedra. Presencia

clerical cada vez más abundante que llevó a añadir bancos en el espacio entre la exedra y el altar.

En esa situación, hasta la visión desde el plano inferior era dificultosa; véase la Basílica de San Lorenzo o San Pablo Extramuros como extremo de esta concepción clerical de ese espacio entre el altar y la cátedra. El templo pasaba, poco a poco, de ser considerado como un espacio unitario para las celebraciones (pueblo y clero unidos) a ser un entorno con dos espacios.

1. Las ceremonias con el pueblo, gravitando todo en torno al altar y el ambón. Aunque el clero se sentase en sus lugares de la exedra.
2. Las ceremonias para el clero, gravitando todo en torno a la cátedra obviando la escasa asistencia de algunos fieles en las naves.

Pero esto fue el final del desarrollo de este proceso de clericalización de un espacio de la basílica. No era así en las basílicas del norte de África. En una basílica pequeña como la de Santa María in cosmedin, podemos pensar en una ceremonia visualmente pensada para todos los presentes, pueblo y clero. El espacio seguía siendo unitario. Pero en las dos basílicas citadas de San Pablo y San Lorenzo Extramuros, por poner ejemplos evidentes, el espacio ceremonial detrás del altar está pensado únicamente visualmente para el clero.

Lo mismo acabaría sucediendo en muchas catedrales góticas. El ejemplo de la catedral de Canterbury, entre tantos, resulta clarísimo: el espacio clerical del coro acabaría siendo cerrado por un muro de piedra. En la época del siglo V en África, todavía no ha sucedido esto y podemos imaginarnos la belleza del obispo, clero y pueblo orando cada atardecer todos juntos. Y es ésa la escena perfecta del obispo como pastor sencillo de sus fieles, frente a la imagen medieval de un obispo poderoso administrador de su clero. Que diferencia entre el Agustín que les parte el pan de la Palabra a las almas, y el obispo medieval que acaba por predicar sólo a su clero, y aun eso cada vez más excepcionalmente.

A la altura de la mitad de la Edad Media, resulta claro comprobar que había obispos predicadores y otros no. Era algo usual que el predicador en los grandes pontificales fuera un reconocido presbítero. El obispo se dedicaba a gobernar y administrar, en los sermones escuchaba. Tampoco era extraño en algunos obispos celebrar la misa sólo unas pocas veces al año. Incluso los domingos, asistían a la eucaristía revestidos con magníficos hábitos corales o revestidos litúrgicamente, con su alba, estola, capa pluvial, mitra y báculo. Ocupaban su lugar preeminente en el coro y se arrodillaban durante la consagración. Hemos de observar en esto algo edificante, había obispos que reconocían que dado el estado de su alma no debían comulgar en pecado. Ofrezco esta realidad medieval para compararla con la frescura del obispo Agustín: maestro, venerable, orante, ascético, sabio, padre preocupado de sus hijos.

En la época de Agustín y durante los siguientes mil doscientos años, la gente asistía a toda la ceremonia de pie. A juzgar por los sermones escritos que nos han llegado, la predicación de San Agustín duraba más o menos diez minutos. Lo cual puede comprobarse si uno lee en voz alta cualquiera de las homilias de Agustín. Por supuesto que los sermones orales de San Agustín eran muy sencillos, las obras teológicas que nos han quedado bajo el título de sermones son transcripciones sustancialmente fieles pero revisadas y completadas cada vez que se veía conveniente añadir alguna nueva idea.

En sus homilias han quedado muchas referencias a situaciones concretas, pero se habrán quitado partes en las que pidiera silencio si se había formado algún rumor en la iglesia; o en que solicitaba a alguien que tosía que, por favor, saliese; o un comentario en el que comentase que acababa de pedir al ostiario que abriese más puertas para que se airease la basílica; o anunciara que no estaría el próximo domingo, porque tenía que marchar a visitar una población vecina; o pidiese perdón por su voz afónica o su resfriado; o que solicitase a una madre con un niño llorando que se quedara cerca de la puerta y que regresara al interior acabado el

sermón. Todas esas referencias frescas a una situación concreta no fueron dejadas en el sermón y, en cambio, se reforzó toda argumentación teológica en ellos.

En la Antigüedad, lo normal para una madre era tener más de seis partos, por supuesto no todos llegaban a la edad adulta. Por eso, la mayor parte de las matronas tenían un hijo en brazos o agarrado a su túnica. Era inconcebible que un niño berreando estuviese dentro de la iglesia durante el sermón. La gente iba a escuchar y un solo niño inconsolable bastaba para que nadie oyese nada dentro del recinto. Las madres con niños muy pequeños o no asistían a misa o se quedaban a la entrada de la basílica, pero fuera. Atravesando el umbral sólo cuando habían acabado las lecturas y el sermón. Pero quedándose cerca para salir de inmediato en cuanto el bebé comenzara su llanto. La gente iba a escuchar y no hubiera soportado ni allí ni en el teatro que por una sola madre todos se tuvieran que fastidiar.

Pero las madres iban a la basílica manteniendo estas reglas de urbanidad para no molestar. El encuentro con otras familias a la entrada de la basílica cuando finalizaba la misa era un momento semanal que muchas no estaban dispuestas a perderse por más que pasaran de un parto a otro parto. La importancia de los atrios porticados es una muestra de la importancia de esta parte *post missam*.

En Roma la liturgia se celebra en griego hasta el siglo IV. San Agustín habla en latín y su misa es en latín. Se menciona que los aldeanos de las montañas que se acercaban a Hipona a esas ceremonias sólo hablaban púnico. Algunos no llevaban túnica, consta que iban cubiertos con vestimentas hechas de pieles de animales.

Acabado el sermón, vendría la oración de los fieles. En ese momento se pediría por cosas tales como los navegantes, por los cultivos, por los leprosos, por los huérfanos, por los gobernantes de la ciudad, por el Imperio, por los obispos de África, por el Papa de Roma. Nos las podemos imaginar recitadas de un modo litánico, algunas muy arcaicas han llegado

a nosotros. Después se rezaba el padrenuestro y tras esa oración venía el ofrecimiento de la paz. Tertuliano en África (siglo III) o San Isidoro de Sevilla (siglo VII) atestiguan que seguía dándose la paz con un beso.

Cuando la comunidad cristiana, en el siglo I, era un grupito perseguido que cabía en el salón de una casa, se besaban no sólo al darse la paz, sino incluso al saludarse cuando llegaban a la casa, siguiendo con esto la cinco veces que en el Nuevo Testamento San Pablo y San Pedro indican que los hermanos se saluden unos a otros con un *beso santo*. Pero cuando hablamos de centenares de desconocidos en una basílica del final del Imperio, cuando pensamos que una anciana esclava podía estar asistiendo a misa cerca del tribuno, hemos de suponer que la práctica primitiva se fue restringiendo. Podemos pensar que en esta época lo más normal era dar un beso en la mejilla a los familiares que estaban alrededor de uno cuando asistía a misa. Lo normal era asistir a misa en grupos.

A la iglesia no se encaminaba sólo el matrimonio con sus hijos, sino también los libertos y siervos que trabajaban en la casa. Todos alrededor de la parentela de sangre: abuelos, nietos, bisnietos, alguna tía viuda. Es así como hay que entender la costumbre de dar la paz con un beso en el en la iglesia de Hipona. Probablemente el gran latifundista no besaba la mejilla de un desconocido. Es muy posible que, en el caso de grandes prohombres, en la basílica el grupo clientelar también se colocase alrededor de los parientes del paterfamilias formando un segundo círculo.

En Roma, contemporáneamente, el padrenuestro y la paz estaban situados donde ahora lo están en la misa latina. Tras eso venía la colocación del pan y el vino sobre el altar por parte de los diáconos. Este momento y el de la comunión se presta mucho a que sonara algún tipo de canto sencillo. Se sabe que en las ceremonias africanas había cantos, aunque no se sepa exactamente en qué momentos.

El obispo desde el sermón hasta la presentación de los dones estaría sentado en su sede de la exedra. Se pondría en pie para las preces y el rezo del padrenuestro, pues siempre se oraba de pie.

Tras el padrenuestro y la paz, un diácono se adelantaría hasta el comienzo de las gradas del presbiterio y diría con potente voz: *Catechumeni recedant*. Los catecúmenos, los paganos y los judíos tenían que salir en ese momento de la basílica. Aunque la expresión *missa catechumenorum* está mencionada en un sermón de San Agustín. Esta práctica todavía se mantenía en el siglo V, pero debió continuar muy poco tiempo más, porque desaparece de los libros litúrgicos.

La razón de esta costumbre era que se consideraba que los que no habían sido formados en el significado de los santos misterios del Cuerpo y Sangre de Cristo era mejor que no asistiesen a esa parte de la misa, ya que sólo serviría para suscitar dudas o desprecio. Los catecúmenos y paganos estaban presentes en la parte formativa, pero se pensaba que era mejor que después se quedasen dentro sólo los que tenían fe.

El obispo seguiría sentado en su cátedra, mientras los diáconos iban preparando todo sobre el altar. Puesto que se comulgaba bajo las dos especies, podría haber unas ocho copas sobre los manteles, y unos diez platos metálicos y bandejas sobre los que había panes enteros. Los vasos sagrados sí que podrían tener alguna referencia iconográfica cristiana o alguna inscripción. Pero las bandejas y platos sí que tendrían una forma completamente común: redondos, ovalados, rectangulares. Ni siquiera tenían que tener un aspecto uniforme ni siquiera de tamaño. Hemos de pensar en bandejas de más de dos palmos de longitud, pues las hogazas al ser partidas requerían una superficie amplia. Desde el mismo siglo I, existía la costumbre de mezclar un poco de agua con el vino. Con dos litros de vino, pueden tomar un sorbo cuatrocientas personas; he comprobado los cálculos físicamente.

Preparado ya todo, el celebrante se dirigía al altar. Por aquel entonces ningún obispo portaba ni cruz pectoral ni anillo ni, por supuesto, mitra. En una ordenación del siglo VII sigue sin mencionarse el báculo. Hay quienes imaginan que ciertas cosas habían seguido sin interrupción desde la época apostólica. Pero el que San Pedro usase un bastón cuando iba de viaje, no significa que lo hubieran seguido usando los obispos con el

sentido de una insignia pontificia. El que algunos romanos, sólo algunos, usasen anillos para sellar documentos, no significa que los obispos portasen esos anillos. Si fuera así, por qué hay un silencio total en los rituales donde sí se mencionan otros elementos. Podemos dar por cierto que Agustín iría revestido tan sólo con una túnica blanca, sin estola sobre ella.

Agustín improvisaría unas palabras de bendición sobre esos dones colocados en el altar, unas oraciones de acción de gracias con los brazos alzados a lo alto. La misa, sin ninguna duda, era de cara al pueblo. La disposición de la *confessio* en las primitivas basílicas romanas no dejan lugar a dudas acerca de la posición del celebrante en el altar.

Durante los dos primeros siglos del cristianismo, el celebrante al llegar a este momento improvisaba unas plegarias, las cuales con el tiempo llegarían a ser fijas y a conformar el canon. En Roma hay un canon fijo en el siglo III. Aunque la existencia de ese canon de San Hipólito tampoco implica necesariamente que no se pudiera improvisar.

Pero en el siglo V casi seguro que Agustín ya recitaría de memoria algún breve canon parecido al de Hipólito en Roma. La recitación de memoria de un texto fijo ofrecía a la concurrencia una mayor impresión de sacralidad. En las ceremonias paganas tradicionales de la Urbe, los romanos tenían en gran estima las fórmulas fijas. En los ceremoniales la improvisación ofrecía la impresión de menor sacralidad. Pero al 100% no se sabe si ya siempre se recitaba un canon fijo o todavía se podía improvisar.

Después de comenzada la *oratio* o *prex* como la llama Agustín, colocaba una frase o dos de conexión entre las plegarias precedentes y la consagración. Palabras semejantes a las del Canon de Hipólito: *El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada...* Tras ellas, venían recitadas con literalidad, como una verdadera fórmula, las palabras de la consagración. Agustín lo más probable es que sostuviera el pan en sus manos al recitar la fórmula de la transubstanciación. Dicha esa

fórmula lo dejaba sobre la bandeja de metal que tenía delante, sin hacer después genuflexión. Los orientales acabarían pronunciando estas fórmulas con los brazos en alto sin sostener el pan. Pero en el siglo V y más en la parte occidental del Imperio todavía estaba más presente la idea de imitar la Última Cena que la de un culto enriquecido dotado de una gran ritualidad. El norte de África era ceremonialmente más sobrio, mientras que la zona cercana a la corte imperial sí que iba desarrollando una liturgia más ritual.

Los presbíteros presentes asistían a la misa, pero no intervenían ni una sola vez. Era el celebrante el que realizaba todas las plegarias. Lo mismo que los Apóstoles habían asistido a la Cena Pascual en la que Cristo recitaba las oraciones como el *paterfamilias*, así ahora los presbíteros asistían al obispo que desempeñaba exactamente esa función. No existía todavía la idea de repartirse las oraciones: el obispo era el *paterfamilias*.

Tras el padrenuestro se pasaba directamente a la comunión. Justo antes de la comunión, los siete diáconos partían en trocitos pequeños las hogazas. Operación que llevaba su tiempo, por lo que es posible que se cantase en ese momento.

Tras recibir el pan en la mano y comulgar, los fieles se acercaban a los diáconos que sostenían las copas. Tenemos dos relatos del siglo IV que indican cómo se comulgaba en ese siglo. Los dos testimonios, uno de Jerusalén y otro de la Galia, indican que la comunión se recibía sobre la palma extendida. Una inscripción de Pectorius de Autún dice: *Recibe el alimento suave como la miel, del Salvador de los santos. Sostienes el Pez [Cristo] en las palmas de tus manos.*

Tras la comunión, las copas y las bandejas con migas se dejaban no en el altar, sino en una mesa de la exedra situada a un lado, para ser purificados con calma tras la misa por los diáconos mientras los subdiáconos les traían el agua y les ayudaban a recogerlo todo en la sacristía. Los diáconos y los clérigos menores consumían los pocos trozos

que hubieran sobrado. No se reservaba nada en el sagrario, porque no había sagrario. Pero sí que se dejarían unos trocitos para ser guardados en la sacristía como viático para los enfermos que fueran a morir esa semana.

Acabada la comunión, San Agustín daba la bendición a todos los allí congregados y se retiraba. Seguro que ya habían copiado la despedida romana del *ite missa est* que conocerían por sus viajes a la península itálica. Como se observa, en la misa africana del siglo V, la parte más larga eran las lecturas y el sermón. La parte ritual era muy reducida y sobria.

La misa, en su parte ceremonial, era más breve que la actual. Recordemos que la liturgia eucarística se encontraba en un estadio evolutivo todavía poco desarrollado. Pero es muy posible que la misa de un obispo en su catedral con la afluencia dominical de fieles durase una media hora por dos razones:

La primera razón es que la parte de la lectura de las Escrituras era más prolongada que en la misa actual: al pueblo llano, sin libros, le gustaba que le leyeran historias. Podemos estar seguros de que en un mundo sin televisión ni cine, con una audiencia sencilla, eran muy populares los libros bíblicos en los que se narraban batallas y portentos. Sin duda desataban mucho menos entusiasmo los textos de teología pura: libros sapienciales, cartas de San Pablo. La segunda razón es que la comunión con las dos especies de buena parte de la afluencia también era un elemento ralentizador de la marcha de la ceremonia.

En la basílica había una dependencia cerrada donde se guardaban los vasos sagrados. El armario con los libros de las Escrituras podía estar en la sacristía o a un lado de la exedra. En la sacristía se guardaban también en un armario, en un recipiente portátil y cerrado, los trocitos de Pan Consagrado para los enfermos en peligro de muerte. Ese recipiente se guardaba con todo honor, pero todavía sin actos devocionales de adoración por parte de los fieles.

Ese recipiente podía, por ejemplo, un vaso cilíndrico de marfil tallado cubierto por una tapa de cuero que se sujetaba con una cuerdecita a la que se le daban varias vueltas alrededor de la tapa y se anudaba. Y ese vaso todavía tal vez estaba solitario en el centro de una balda de un armario, ocupadas otras baldas con las copas y bandejas usadas en la misa. Todavía no había un sagrario propiamente dicho, sino que, de momento, se guardaba tal Pan como la cosa más santa entre las cosas santas. Este armario sí que contaría con una cerradura.

Otro armario de la sacristía podría servir para guardar las reliquias de los mártires en pequeñas cajitas o arcas. La sacristía seguro que estaría cerrada por puerta con llave. Esto era una necesidad, dado que la basílica estaba abierta todo el día hasta el final de las vísperas. Ya se ha dicho que la basílica no se quedaba sin vigilancia.

Los obispos, en el pasado, habían ejercido su autoridad sobre las zonas cercanas a su ciudad. Los obispos del siglo III ocupaban sedes (asientos) en ciudades, no eran obispos sobre territorios perfectamente demarcados. Cada ciudad ejercía una influencia natural sobre otras localidades más pequeñas y enteras comarcas. La influencia natural de una ciudad daba la medida de la influencia que tenía un obispo sobre los terrenos de alrededor. Pues cuanto más populosa fuera una ciudad, más clero poseería el obispo.

Pero en el siglo IV sí que la demarcación del territorio que le corresponde a Agustín se hallaba perfectamente delimitada. Los setenta obispos del siglo II son ya ochenta y siete en el año 256. A principios del siglo V serán más de seiscientos. Por lo tanto, las demarcaciones sí que tenían que estar bien consensuadas para evitar conflictos de autoridad. En esta etapa final del Imperio, todavía hay aldeas lejanas de la costa en las que no hay ni un solo cristiano. Más allá de esas aldeas, el desierto, separación total entre el África romana y el África negra. 300 kms. al sur

de Hipona, a nueve días de camino, sólo había una inacabable extensión de tierra rocosa o arenosa pero siempre calcinada por un sol implacable.

Agustín vivía con varios monjes en el complejo de edificios junto a la catedral que conformaban un pequeño complejo de edificaciones, una especie de monasterio urbano. En ese complejo se encontraba la residencia del obispo, las dependencias de los monjes, la hospedería clerical (que tenía mucha importancia), la biblioteca, un pequeño archivo con los asuntos de la sede (cuentas de las diaconías, copias de todas las cartas, escrituras de terrenos y edificios), almacenes y un huerto. El trabajo de los monjes consistía en cultivar un huerto situado entre muros. Los monjes probablemente se dedicaban más al trabajo manual. Pero si entraba en la comunidad alguien más instruido, se le dedicaría a copiar libros y a llevar al día el trabajo administrativo del archivo episcopal. En Hipona, la basílica acabó anexando toda una barriada.

Cuando antes he hablado de almacenes, hay que tener en cuenta de que el inventario del almacén de la ciudad de Cirta (inventario establecido por la autoridad romana en el momento de la persecución de Diocleciano en el año 303) nos permite saber lo que una diaconía común podía contener. En el caso de esa ciudad 82 túnicas de mujeres, 38 velos, 38 abrigo, 16 túnicas para hombres, 13 pares de zapatos para hombres, 47 para mujeres y 19 capas de campesinos.

Los obispos actuales frecuentemente están viajando de un lugar a otro de la diócesis. En esa época, el obispo apenas viajaba por el territorio que estaba bajo su autoridad episcopal. Resulta más realista hablar de obispo de una sede que de una diócesis. El obispo siempre moraba en su ciudad. Todos los asuntos de las localidades lejanas quedaban encomendados a los presbíteros a los que se les nombraba para pastorearlas, lo cual hacían con una total autonomía. Este poco gusto por los viajes era natural en un obispo que viva comía y cenaba con su mujer e

hijos en su propia casa y que trabajaba, por ejemplo, como comerciante de vinos o como administrador de la villa de un terrateniente. Todavía había un cierto número de obispos de este tipo en la época del final del Imperio; se sabe por ciertas disposiciones de los concilios de Elvira en Hispania y de los concilios africanos.

Pero ese poco gusto por viajar también era natural en los obispos que procedían del monacato, y estos no eran pocos. Procedían del monacato y deseaban seguir llevando una vida lo más monacal posible. Como excepción el obispo, cualquier obispo, sí que visitaba otras ciudades y así como las aldeas por las que pasaba de camino. No hallaremos referencias a viajes por la diócesis en los sermones de San Agustín.

De todas maneras, cuando comencé a escribir este artículo, daba por supuesto que algunos de los presbíteros rurales dependientes de San Agustín vivían a cuatro o cinco días de distancia de Hipona. Al mirar los atlas del norte de África, si correlacionamos el número de ciudades principales con los 430 obispados que había entonces, observaremos que en todas partes de África las parroquias rurales estaban como máximo a un día de distancia de la sede episcopal.

España en la actualidad está dividida en 70 diócesis y Portugal en 17 diócesis. La península ibérica tiene casi tres veces más territorio que la Mauritania Tingitana, Numidia, el África Proconsular y Cirenaica. Casi 90 obispos frente 430 obispados africanos en la época del final del Imperio. Nos hacemos ideas de cuales eran las distancias si tomamos cada diócesis española y la dividimos por cuatro colocando a un obispo en cada nueva circunscripción. Podemos suponer que esto era así también en Italia, en Grecia y en Asia Menor. De ningún modo era así en la Galia o el interior de Hispania. Pero allí por donde la Iglesia se extendía, el modelo ideal que se tenía en mente era el de colocar obispos a distancias como las Africanas o griegas. No siempre se podía hacer, pues nunca se colocaba a un obispo solo o con un centenar de fieles, ni en Germani ni en Britannia. En esos casos, los lazos espirituales y de reemplazo misionero seguían manteniéndose con la iglesia-madre.

El tema de las longitudes a recorrer andando tiene una clara repercusión eclesiástica al estudiar la iglesia africana. A mayor distancia, más independencia de los presbíteros. A menor distancia, menor independencia, más intervención de la curia y reuniones más frecuentes del presbiterio con el obispo. Insisto en que el número de obispos dividido por el número de ciudades de África muestra el mismo patron: un presbítero normalmente estaba a un día de distancia andando de su obispo. En el caso de Hipona, que no es especial vistos los mapas históricos, aparece la realidad de que ciudades como Calama al sur, Rusicade al oeste o Thuburnica al este imponen límites claros a las comarcas sobre las que Agustín ejercía su autoridad eclesiástica. Hay que tener en cuenta que lo normal es que la jurisdicción entre dos sedes episcopales acabe a mitad de trayecto entre las dos ciudades. Concretamente, la diócesis de Agustín terminaba a una media de unos cuarenta kilómetros en cualquier dirección de la que partiéramos de la sede episcopal.

Aun así, un presbítero que tuviera que hacer cuarenta kilómetros en mula hasta la sede episcopal, mientras no hubiera problemas, gozaba de una grandísima independencia en el modo en el que llevara las cosas de su comunidad. Pero también sabía que no habría ascensos a puestos más prestigiosos o ciudades más importantes; viviría y moriría en esa ciudad. Cuanto más alejado viviese un presbítero de su obispo, más seguro podía estar de que su cargo era vitalicio. Cosa que no solía importar si el clero era nativo y vivía casado con su mujer, su familia y ejercía su propia profesión. Tener posibilidades de alcanzar el rango episcopal, suponía dos cosas: o haber estado muy implicado en el gobierno de la diócesis con el anterior obispo que había muerto, o tener una grandísima fama de sabio o de santo. Una tercera razón para ser elegido era ser de muy buena posición social con grandes recursos económicos. Si un clérigo ambicioso deseaba el episcopado, sabía que era mejor ser diácono en la sede episcopal que presbítero en una localidad lejana.

Era frecuente que obispos ricos ayudasen generosamente con su dinero a las necesidades diócesis. Elegir a un devoto prohombre conocido

en una región suponía que la diócesis ya no tendría que preocuparse por las necesidades económicas; esto lo sabían los fieles y el clero.

Agustín comía y oraba con los monjes, rezaba con ellos las horas canónicas. El clero, sin embargo, tanto de la ciudad como de las poblaciones de alrededor ejercía otras profesiones. Consta que hubo obispos y presbíteros médicos; otros eran artesanos, vendedores de telas, comerciantes. Por supuesto, cada vez más, aumentaba la proporción de clérigos que trabajaban sólo para la Iglesia.

Se va intentando, poco a poco, que los que sean ordenados vivan célibes. En el año 390, el Concilio de Cartago dictaminó: *Todos los obispos, presbíteros y diáconos, custodios de la pureza, se abstengan de la relación conyugal con sus esposas, de tal forma que los que sirven en el altar puedan guardar una perfecta castidad.* Evidentemente, si compartían lecho con su esposa, podemos sospechar que no todos guardaban esta norma de forma perfecta. Tampoco esta obligación se les imponía bajo pecado.

Ya se ha dicho que el clero no vestía ropas distintivas. ¿Cómo va a vestir con ropas clericales un presbítero que es padre de familia y que trabaja como capataz en un gremio de artesanos del metal? Normalmente no llegaba a ser presbítero un capataz, sino alguien de buena posición social que gozara de una gran formación cultural.

Pero junto a estos clérigos cultos, devotos, pero con vida laical, hay otros que se consagran totalmente al servicio de la Iglesia. Después estaban los monjes sin ninguna instrucción, dedicados a la oración y el trabajo manual. Ser clérigo requería un cierto prestigio, una cierta formación, haberse involucrado más y más en la vida de la comunidad cristiana. Los monjes que convivían con Agustín claramente ocupan un escalafón eclesial inferior, salvo que entrase en la comunidad algún individuo con gran formación intelectual. En cuyo caso tenía grandes posibilidades de alcanzar el rango episcopal, allí o en otra sede.

Agustín se queja de que tiene que dedicar mucho tiempo a los juicios. En esa época, los emperadores habían concedido a los obispos la capacidad de juzgar las disputas civiles entre cristianos si ambas partes consentían. Eso le llevaba mucho tiempo a Agustín, unido también a que tenía que recibir muchas visitas. En cambio, un obispo de esa época no tenía que emplear nada de tiempo a lo que hoy llamaríamos reuniones de pastoral. El tiempo dedicado a papeles necesarios para la burocracia interna era casi nulo.

En los sermones que resonaron en la catedral, no pocas veces se trató el tema del donatismo. Era necesario. Afortunadamente, en toda África el donatismo iría menguando durante el tiempo del episcopado de Agustín. El odio entre herejes y católicos era muy profundo. Al santo obispo estos herejes le asesinarían un presbítero y a otro le harían perder un ojo y un dedo. Pero al final de su vida vería a Hipona prácticamente libre de esa herejía. La cual, en los años de mayor virulencia, estuvo a punto de hacerle perder la vida. San Agustín dirá que se salvó porque se equivocó de camino ese día, tomando otro del que le esperaban.

Los diáconos estaban en las ciudades, porque eran colaboradores del obispo. Pero casi inexistentes en el ámbito rural. Dígase lo mismo respecto a las órdenes menores, sólo existentes en las ciudades importantes donde existía un aparato eclesiástico. Si se nombraba a un clérigo para una pequeña localidad, se le ordenaba como presbítero. Estos presbíteros funcionaban con una extraordinaria autonomía y no requerían de constantes reuniones. Los presbíteros situados a un día de distancia sólo harían una visita o dos al obispo, por cortesía, para mantener los lazos de comunión; y los presbíteros muy ancianos ni eso.

Por supuesto que la posibilidad de jubilar a un clérigo no les entraba en la cabeza. Por anciano que fuese, era el patriarca, el padre de esa familia. Incluso si se enviaba un presbítero joven al lado de un sacerdote que ya ni podía andar ni ver, el anciano sacerdote seguía siendo el pastor de comunidad hasta el final de sus días, aunque el nuevo presbítero tuviera que poner el pan del altar en sus manos para el ofertorio. Si no podía

andar, asistiría todo el tiempo sentado. Si no podía ni acercarse a la iglesia, la comunión se le traería a su casa y allí irían todos a confesarse o a recibir la instrucción mientras pudiera hablar.

Lo mismo valía para los obispos. Aunque todo el trabajo organizativo lo llevase colegialmente el clero o uno de ellos que se destacase, el obispo (aunque no se pudiese levantar del lecho durante años) seguía siendo el obispo hasta el último día. En esto no se buscaba la funcionalidad, sino que se tenía muy grabada la idea de una comunidad como una familia, y aun padre jamás se le jubilaba.

Cuando un sacerdote de una ciudad pequeña y algo lejana visitaba al obispo, éste le preguntaría cómo iban las cosas, a sabiendas de que el que realmente conocía las cosas era el pastor de esa ciudad y que era él el que gozaba de todos los lazos sociales que le mantenían en su puesto. El presbítero visitante residía en la curia-monasterio, comía en la mesa del obispo, asistía a su misa, participaba de los oficios. Dos o tres días después regresaría a su localidad confirmado por el apoyo y ánimos de su obispo.

Si habían llegado quejas contra su sacerdote de los habitantes de esa localidad, le preguntaría por esos temas. Pero a sabiendas de que su posibilidad de intervenir desde tan lejos e incluso de conocer la verdad eran limitadas. Sólo en el caso de que esas quejas fueran tan generalizadas y tan graves que se viera obligado a intervenir, Agustín enviaría a un diácono de su máxima confianza a esa localidad a escuchar a todas las partes. Es más probable que se enviase a un diácono que a un presbítero, para así no dejar a una iglesia de la ciudad sin eucaristía.

En el caso de que el asunto fuera muy grave y las amonestaciones no sirvieran para nada, se procedería a deponer a un presbítero de su puesto como pastor. Pero es complicado saber la verdad cuando eres un visitante que sólo vas a estar un par de días, y unos te cuentan una cosa y otros otra, bien el problema verse de cuestiones de honestidad, bien de malversación de bienes. Además, la tensión que esto solía acarrear en la comunidad era muy fuerte. El sacerdote tenía sus amistades de toda la vida

y sus amplísimos lazos de parentesco. La unión incluso con primos de segundo grado en esos siglos era muy fuerte. Este tipo de procesos para remover a un pastor se trataban de evitar por todos los medios.

Un presbítero que abusase del vino o que usase casi todas las limosnas en el beneficio de su propia familia tenía muchas posibilidades de mantenerse indignamente en su puesto hasta el final de sus días. La diferencia entre estos presbíteros que ejercían el sacerdocio como profesión y los clérigos célibes totalmente entregados al servicio de la Iglesia era notable. Siempre se podía esperar mayor pureza de intención y mayor espiritualidad en los segundos. Por supuesto que la inmensa mayoría de los clérigos casados eran totalmente dignos. Pero, poco a poco, se iba entendiendo que lo ideal era que el hombre de Dios se dedicase sólo a las cosas de Dios.

Los monjes llevarían una túnica sencilla, pobre, gastada, sin ornato alguno, sin escapulario ni capucha. Para esta época, aunque llevaran una vestidura civil común, lo más seguro es que los monjes de Hipona ya mostraran una cierta uniformidad de corte y color en su pobre túnica. Pues Evagrio Póntico (+399) dedica un texto a hablar del simbolismo de la vestidura del monje, y San Benito (+547) ya impone un hábito concreto en su regla. Es muy posible que la túnica tuviera un tono gris. Una prenda perfectamente blanca era más cara, porque al lavarla van quedando manchas. Las telas blancas, una vez usadas durante largo tiempo, eran teñidas de tonos más oscuros y reemplazadas para confeccionar otras prendas de menor valor. Todo trozo de tela se empleaba y reemplazaba mientras fuera posible. Las prendas de vestir, cuando ya no era posible zurzirlas más, se cortaban para hacer de ellas trapos; trapos cuya vida duraba años. Las telas eran tan reutilizadas porque eran caras pues la urdimbre había que formarla puntada a puntada. Por eso, lo normal es que los monjes no llevaran ni ropas blancas (por la razón mencionada) ni ropas de colores chillones (signo de vanidad). Lo más probable es un color gris o marrón claro.

Las monjas (emplazadas en otra casa) vestían de la misma manera, una vestidura sencilla común, pero ya también con uniformidad. Es en el siglo IV cuando se establece que las vírgenes consagradas deben vestir un hábito que les identifique. No debemos pensar que el velo iba directamente sobre la cabeza, lo más seguro es que se apoyase sobre un pequeño gorro redondo de tela más recia, como actualmente hacen las mujeres de esa misma zona argelina. En las misas y en el rezo del oficio se colocarían en un lugar de honor todas juntas, cerca del estrado donde estaba el altar. Lugar probablemente delimitado por una pequeña cancela de piedra.

Las monjas asistirían de pie a las misas. Durante las horas canónicas, la salmodia la harían de pie (a Dios se le ora de pie), pero durante las lecturas se sentarían, lo mismo que los monjes hacían en el presbiterio y los clérigos en la bancada de la exedra. En el resto de la basílica, los cristianos ancianos podrían sentarse en algunos bancos adosados a las paredes de las naves laterales.

Agustín fue obispo durante 36 años en esa ciudad familiar, en la que la mayoría se conocía. Una ciudad en la que muchos excrementos son arrojados a las calles, sin duda se carecía de cloaca subterránea. Con la pluviosidad del norte de África no hubiera habido agua que recorriera de forma constante una conducción subterránea en el caso de que alguien hubiera decidido construirla. Por eso una cloaca allí se hubiera convertido en un depósito permanente de detritus. La mayoría de las casas recogerían los excrementos para después usarlos como abono en sus propias huertas y cultivos.

Hipona estaba entre las cuatro o cinco ciudades más importantes del Norte África, dejando aparte toda la región del Nilo que se encontraba muy lejos. Egipto se halla a doble distancia que Roma. Culturalmente los nexos con Roma (5 días y medio de travesía marítima, 800 kms.), Sicilia (3 días y medio, 550 kms.) y Cerdeña (2 días y medio, 360 kms.) siempre habían sido muchos. Y muy escasos con la misteriosa civilización egipcia

(18 días, a casi 2.600 kms.) siempre más volcada hacia oriente, llegando incluso hasta Siria.

Los retratos más antiguos que hay de Agustín lo representan con cabello corto y el rostro afeitado. Pudo tener un rostro bereber, pero también un rostro europeo-mediterráneo como el de los griegos. La abundancia de colonias griegas por el Mediterráneo era mucho mayor en la región cirenaica y en la isla Sicilia. Pero dado que nació en Tagaste, tierra completamente fenicia, es más razonable imaginárselo con rasgos más duros, con un rostro alargado como el de los marroquíes. De ningún modo pudo ser de raza negra por dos razones: La primera razón es que las personas de raza negra eran una rareza en el norte de África. La segunda razón, y ésta es la más importante, es que no existe ninguna referencia a ello ni en los sermones ni en las *Confesiones*. Algo así hubiera merecido una mención.

Los frescos de nuestras iglesias pintan a San Agustín con una venerable cabellera larga y la barba de un patriarca revestido con amplios ropajes litúrgicos. La verdad histórica es que hay que reconstruir la escena de un delgado pedagogo romano sentado en su cátedra escuchando la lenta pronunciación de las Escrituras por parte del lector. Sin mitra, sin báculo, con una túnica que podía ser de un color chillón como era normal entonces, con un manto normal de lana abierto por delante si hacía frío.

Ya se ha dicho que el episcopado en ciudades de mil o dos mil habitantes, situadas muy lejos de las grandes ciudades, no eran nada apetecidos por el clero de las ciudades. Si no querías ir allí, equivalía a un destierro de por vida. En esas sedes episcopales tan rurales, el obispo ejercía su autoridad sobre un grupo reducido de cuatro o seis clérigos esparcidos por la zona. Un clero nativo muy rudo y acostumbrado a una perfecta autonomía. Este tipo de obispo rural se veía confinado hasta el final de sus días a una pequeña ciudad con unas cuantas aldeas alrededor. Pero, dada la distancia que había caminando hasta una sede episcopal de

tamaño medio, esas pequeñas ciudades precisaban de una autoridad eclesiástica que ejerciese verdadera autoridad sobre ese grupo de presbíteros. Era impensable que un obispo estuviera yendo y viniendo a una localidad para ejercer una continua supervisión acerca de las decisiones de uno de sus presbíteros. Además, eran esas poblaciones más lejanas las que precisamente requerían de mayor labor evangelizadora por las aldeas paganas de alrededor.

El clero de ciudades más pobladas como Hipona, Cirta o Hadrumetum estaba más formado y era perfecto para ejercer el episcopado en lugares pequeños, pero los candidatos sabían que aceptar ese servicio incluía, además, la necesidad de ejercer una profesión civil en esa localidad para poder mantenerse más dignamente. Los sacerdotes que han sido párrocos en un pequeño pueblo de mil habitantes saben que una comunidad católica de esas dimensiones no da para trabajar todo el día. No es cierto que un párroco trabaja todo lo que quiera por pequeño que sea un pueblo. La dimensión de una comunidad impone unos límites. El obispo se veía obligado a trabajar en algo más que su ministerio eclesiástico ya no por una mera cuestión económica, sino para ocupar su tiempo. Claro que el nombramiento de obispos célibes, ya abundantes varias generaciones antes de los famosos cánones conciliares, favoreció que estos obispos dedicasen mucho más tiempo a la evangelización de aldeas paganas que nunca habían escuchado el Evangelio.

En ocasiones los obispos de una zona se veían forzados a ordenar como obispo a un clérigo del lugar sin mucha formación. A veces era un liberto, un colono e incluso un esclavo. El esclavo seguía ejerciendo su trabajo en la hacienda del señor, por ejemplo, como ecónomo o como maestro, y en sus ratos libres se encargaba de los asuntos eclesiásticos de la comunidad así como de dirigir a los pocos presbíteros bajo su autoridad.

El lento surgir de un grupo de clérigos menores (lectores, acólitos, ostiarios, etc) era propio de ciudades con mayor desarrollo de la estructura eclesiástica, sobre todo de las grandes sedes patriarcales. Ciudades como Hipona, varias generaciones antes, sólo contarían con un puñado escaso de

lectores y acólitos. Pero los obispos anteriores a Agustín seguro que no tardaron en imitar los usos orientales y romanos nombrando al menos a cinco personas para que ocuparan cada grado de esos ministerios.

Sin embargo, en una población de dos mil habitantes, el obispo se podía sentir muy solo, sin diáconos ni clérigos menores, salvo dos o tres lectores y tres o cuatro acólitos; era más fácil encontrar acólitos que trajeran las cosas en las misas, que no lectores que leyeran bien. La diferencia entre la vida de un obispo rural en los extremos meridionales de la mauritania y, por ejemplo, la iglesia de Cartago (con más de 50.000 habitantes) era formidable. Cartago, en el momento de la invasión vándala, contaba con quinientas personas trabajando para la iglesia, con una fuerte presencia de lectores jóvenes. Hipona, por su parte, como ya se ha dicho, tiene en el año 424, seis diáconos y tres sacerdotes.

Al lado de estos obispos, un San Cipriano o un San Agustín eran los príncipes de los obispos. Las posibilidades de que grandes ciudades como Thabraca o Thagaste contaran con un obispo más espiritual, mejor formado en las Escrituras, eran mayores que en pequeñas localidades como Thullio o Asuccuris. Su autoridad iba mucho más allá de lo que determinara cualquier ley canónica. Podían reunir a los obispos de toda la zona y exigir responsabilidades a un obispo indigno o incluso deponerlo de común acuerdo.

Por supuesto, la diferencia entre un Cipriano o un Agustín frente a un obispo de Alejandría o de Constantinopla era grandísima. El desarrollo de figuras patriarcales era inevitable. Los rangos de autoridad episcopal se desarrollaron de un modo completamente natural y orgánico. Conviene recordar que una gran ciudad como Cartago estaba sólo a dos días de travesía marítima de Hipona. 312 kilómetros de distancia separaban a un gran *arzobispo* como el sucesor del Gran Cipriano de un obispo medio como Agustín. Si hubiera querido hacer ese camino a pie, el viaje hubiera durado nueve días.

En las grandes sedes patriarcales se desarrolló un culto más elaborado. Sus vestiduras eclesiásticas, sus ornamentos litúrgicos y ritos irían extendiéndose a sedes provinciales que se habían limitado durante siglos a conservar lo que habían visto toda la vida en la celebración de la misa.

No sabemos si una población tan al sur y tan pequeña como el Castellum de Ubaza, situada a 50 kilómetros del desierto del Sahara, contaba con un obispo o sólo con un presbítero establecido en ella. Por la distancia de cien kilómetros que la separa de la ciudad más cercana, Thelepte, y por su población es una buena candidata a emplazar allí un obispo. El templo episcopal debía ser una edificación de aspecto totalmente púnico o similar: paredes de adobe, vigas de madera, techo plano formando una terraza. Nada ni lejanamente parecido a una basílica por pequeña que la queramos imaginar, sólo cuatro paredes. Un local quizá para cien personas sentadas en el suelo sin dejar espacios libres. Un obispo célibe y misionero de un lugar muy pequeño no veía inconveniente en trabajar como artesano para sostenerse. No le resultaría difícil, pues viniendo de las tierras del norte más prósperas seguro que contaba con habilidades apreciadas en lugares menos desarrollados.

Un obispo de este tipo sí que viajaría con uno o dos presbíteros para evangelizar las aldeas. Mientras estuviera en su propia ciudad y en la medida que se lo permitiera su trabajo mantendría su pequeño templo abierto durante las horas diurnas, pero prácticamente siempre vacío. Al ser célibe, podemos dar por descontado que se trata de una persona muy devota y es de esperar que recitará los salmos cada día en ese templo al amanecer y al atardecer, pero normalmente lo hará solo o acompañado de otro presbítero-misionero. En el mejor de los casos, le acompañaran tres o cuatro mujeres. Menos no, pues estaría mal visto que un par de mujeres fueran todos los días con un hombre, aunque sea un sacerdote.

Como se ve, la liturgia y la vida de un obispo en un lugar como el Castellum de Ubaza era muy diferente al del obispo de Hipona. La labor misionera de estos presbíteros en los límites de las provincias africanas fue

muy meritoria, pues había que tener mucha fe para lanzarse acompañado de un par de presbíteros a evangelizar una comarca como la descrita en los límites del desierto. Agustín, situado tan sólo a un día o dos de este otro tipo de obispos, sería visto como la aristocracia del clero en la Numidia. Nada tenía que ver su existencia inmersa en la teología, visitas sociales, correspondencia abundante y presidencia de juicios con la de un anónimo obispo de un pueblo sin escuelas en el que los hombres viven desde la infancia de la cría de las ovejas y las mujeres de tejer la lana.

La obra teológica de Agustín es fruto de determinadas decisiones de la Providencia. Hubiera sido imposible que hubiera ocupado una sede patriarcal como Alejandría o Antioquía sin estar muy inmerso en la vida eclesiástica, en el gradual ascenso a posiciones más prestigiosas. Pero si así hubiera sido, aunque lo que hubiera escrito habría tenido una inmediata extensión por todo el Mediterráneo, ¿habría dispuesto de tanto tiempo para escribir? ¿El gobierno de una sede importante con sus actos sociales no le hubieran quitado la mayor parte del tiempo de los treinta y cinco años que fue obispo? Parece claro que hubiera tenido que dedicar mucha más parte de su jornada al aparato eclesial.

Por el contrario, si el monje Agustín hubiera aceptado ser pastor de una población modestísima en la que los pocos que le escuchasen sólo hubieran entendido ideas muy sencillas (Dios es uno, parábolas, cosas así) difícilmente hubiera dedicado tiempo a escribir, dedicándose más a sus funciones como obispo-misionero viajando mucho más de una aldea a otra. La obra de San Agustín fue posible porque Dios le puso en el lugar adecuado en el momento adecuado, quizá unos años después con las invasiones de los vándalos y las destrucciones subsiguientes no hubiera sido posible disponer de la paz que requiere un escritor.

En medio de esta vida de la fe que he tratado de describir en estas páginas con pinceladas sueltas, pululaban obispos y fieles donatistas que negaban la validez de un sacramento administrado por un sacerdote que estuviera en pecado grave. A nivel universal, en otras regiones, seguían haciendo apostolado los obispos arrianos que negaban la divinidad de

Cristo; también los nestorianos que defendían que en Cristo habitaban dos personas; los monofisistas que creían que en Cristo sólo había una naturaleza, la divina. Los obispos, de un confín al otro del Imperio, tuvieron entonces que luchar por mantener la pureza de la fe recibida de los Apóstoles. Por encima de los obispos rurales, de los grandes obispos, de los patriarcas, todos reconocían que en Roma estaba situada la sede de Pedro y que a los sucesores del Apóstol se les había encomendado la última palabra en las discusiones acerca de ese sagrado depósito recibido, la fe. Como diría en su catedral San Agustín en su sermón 120: *No puede creerse que guardáis la fe católica los que no enseñáis que se debe guardar la fe romana.*

San Agustín fue un ejemplo para los obispos de todas las épocas. Ojala todos conocieran a sus fieles tan bien como él, rezaban con ellos todos los días; ojalá todos los obispos fueran tan sabios y vivieran tanto de las Escrituras; el amor a la Palabra de Dios se refleja con claridad en sus sermones. Agustín era un ejemplo de autoridad y prudencia sentado en su sede de piedra en la cabecera de la catedral en medio de sus presbíteros y diáconos. Comía con los sacerdotes que venían de lejos a visitarle, salmodiaba con sus monjes. Venían sacerdotes de muy lejos para escucharle, para hacerle preguntas sobre las Escrituras, sobre la Trinidad, sobre complejas cuestiones teológicas. Se le consideraba una fuente de sabiduría.

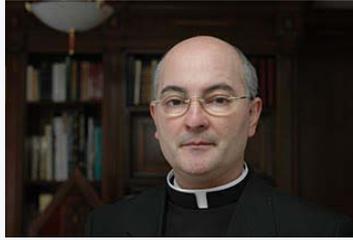
Llevaba una vida relajada, tranquila. Era un obispo sin prisas, venerado, viviendo en una preciosa ciudad mediterránea por la que tantas veces pasearía. Sus escritos demuestran que era un hombre prudente, un verdadero maestro, un padre. Una vida que era una perfecta conjunción de oración y trabajo episcopal. Su episcopado era una labor de tamaño humano. Un episcopado de tamaño perfecto para una ciudad de proporciones ideales.

Sin duda, en su residencia recibía con cierta frecuencia a otros obispos que le visitaban y le consultaban puntos de las Escrituras, dudas acerca de cómo solventar problemas en sus diócesis. San Agustín ya en

vida acabó siendo venerado no sólo por su pueblo, sino también por los mismos obispos, que veían en él un modelo acabado del pastor de pastores. San Agustín, ora por nosotros.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws